



LOS GRAHAM 2

ENAMORADA DE MI JEFE

MIA DEL VALLE

Los Graham 2

Enamorada de mi Jefe – Parte 1

Mia del Valle

Sinopsis.

El destino una y otra vez se empeñaba en decirnos que debíamos de estar juntos, y una y otra vez nosotros no lo escuchábamos, justificando nuestros encuentros como simples casualidades de la vida, o que la ciudad en la que vivíamos era muy pequeña. Pero aunque intentáramos alejarnos, ese cruel y estúpido hilo rojo del que muchos hablan no dejaba de guiarnos a los brazos del otro.

Mi nombre es Susan Williams, tengo cuarenta y dos años de edad, y a la fecha ostento todos los estados civiles existentes, incluido el de amante «*si “amante” pudiera considerarse como un estado civil*» fuera de eso soy una mujer común y corriente, economista de profesión, amante de la moda y del buen vino, pero antes que comiencen a leer esta novela me gustaría advertirles que lo que están a punto de descubrir no se trata de una simple historia más, esta es mi vida... *espero sepan comprender.*

Nota del autor.

Mientras el mundo se encuentra sumergido debajo de una pasajera nube gris, he decidido mimar a mis fieles lectores con un avance de Los Graham 2, soy consciente que las locuras que plasmo en mi computador no mejorará la situación que estamos viviendo de incertidumbre y miedo, pero si por un instante, al menos por un breve momento logro llevarte a otro mundo, un mundo en donde Los Graham cobran vida, donde se enamoran, lloran y ríen, me sentiré feliz y agradecida. Para finalizar esta atípica introducción solo quiero decirte algo... ***“esto también pasará”***

A continuación te dejo algo muy personal, es un decreto que medito a diario, siempre en positivo, sintiendo que lo malo ya pasó y que el sol brilla como siempre.

Decreto:

(Si gustas puedes repetirlo en voz alta, meditarlo o anotarlo en un papelito)

Gracias, gracias, gracias que el Coronavirus se encuentra completamente controlado, gracias que mi familia, amigos y yo nos encontramos sanos, felices y colmados de dicha, gracias por las enseñanzas que este tiempo me dejó y bendigo todo lo bueno que está por llegar. Gracias.

Mia.

Sabes que haces lo correcto, cuando el corazón está feliz...

Que disfrutes de tu lectura.

MDV

Prólogo.

No son ni las diez de la mañana y ya tengo dolor de cabeza.

Desde hace un par de días mi cuerpo duele, mi barba parece más canosa y el dolor que causó la partida de Susan me hace sentir de setenta años. Volteo mi silla y desde lo alto del gran ventanal de mi oficina observo los rascacielos, con cansancio masajeo mi rostro y una vez más pienso cómo y cuándo fue que todo se vino cuesta abajo... ¿fue en la universidad? *¿Cuándo elegí hacerme cargo de un hijo que no me pertenecía, o la tarde en que blanquee nuestra relación frente a toda la empresa?*

Anoche, luego de ir a ver al pequeño Sam, cené con Derek y Diana y con mi nieto en brazos todo el resto parecía no doler tanto, volví a la oficina a eso de la media noche, pocos lo saben, pero llevo tres noches durmiendo en un hotel, y aunque mi hermano y Derek han insistido en que me quede en sus casas, he rechazado la oferta, no es justo que tanto mi hermano o mi hijo, quién recientemente se ha convertido en padre, tengan que padecer mi mal humor y estrés.

Claudia «mi secretaria» reservó la suite presidencial en uno de los hoteles donde se hospedan nuestros invitados provenientes del exterior y fue a ella también, a quien encomendé la tarea de mudar parte de mis pertenencias de la mansión a la suite.

Hoy será un día clave, y no precisamente por las acciones de la bolsa de valores de Nueva York, hoy se juega todo Samuel, vamos, tu puedes... me digo una y otra vez intentando darme ánimo, aunque la cruel vocecita que habla en mi interior me desalienta minuto a minuto, diciéndome que todo será en vano, que no merezco el perdón de la mujer que aguardó fielmente todos estos años a que me divorciara, que debo dejar de ser un egoísta de mierda, y que deje libre a Susan finalmente, pero la respuesta es ¡no! Y por más que lo intenté y lo intento a diario, no logro alejarme de ella, y por más que no me arrepiente de aquella decisión, la que me llevó a ser padre de la luz de mis ojos, algo muy dentro de mí se pregunta... *¿qué hubiera pasado si en vez de...?*

—Señor Graham —mi secretaria se pone de pie de un salto ni bien salgo de mi oficina —le recuerdo que esta tarde tiene una reunión con el señor Hyen Uk del comité de Corea del norte, luego la entrevista del New York Times y por último cita con su oftalmólogo.

—Gracias Claudia, pero cancela todo por favor.

Fragmento de Sobreviviendo a mi Jefe – Desde el punto de vista de Diana.

—Buenos días, antes que nada quiero agradecer a todos por acudir a esta reunión que mi hijo Derek citó —suelto la mano de Paul con la excusa de prestar atención al jefe máximo, Paul guiña un ojo y sonríe —*intentaré ser breve y en pocas palabras resumir el objeto de esta junta... Graham & Asociados es una gran compañía, y la mayoría de ustedes sabrán que mueve millones de dólares a diario, pero si hay algo por lo que quiero ser recordado, no es por el dinero que movemos en la bolsa de valores de Nueva York, sino por lo humano de nuestro trato con los demás, desde pequeño mi padre me inculcó a ser empático y respetuoso con todos, se encontraran por encima o por debajo de mí, sin importar su clase social, sus rasgos físicos o su orientación sexual...* —algunos murmullos en aprobación a sus palabras y luego cuando el jefe parece continuar, el silencio reina nuevamente —*pero al parecer hay personas que no piensan como nosotros y lamentablemente en la cena navideña, una de nuestras compañeras sufrió el robo de sus pertenencias, poniéndola en un lugar sumamente incómodo, detalle para nada menor, y el que obviamente no podemos tolerar.*

«Oh mierda... me van a despedir en público»

Observo en varias direcciones, buscando el mejor escape, pero la cosa no queda allí, ya que el jefe máximo retoma.

—Muchos podrán pensar que la decisión que vamos a tomar es injusta, incluso llegarán a pensar cosas que no son, pero querida familia de Graham & Asociados, con una mano en el corazón les pido se pregunten... *¿jamás se dejaron llevar por la pasión? Porque renunciar en público, para mi humilde opinión es de valientes* —murmullos —*¿jamás tuvieron un arrebato que los hizo actuar sin pensar en las consecuencias?* Porque permítanme decirles que yo sí, y ambas veces fueron las mejores cosas que pasaron en mi vida —observa a su hijo y ambos sonríen con cariño —una eres tú querido Derek, luz de mis ojos, te has convertido en un hombre y no puedo evitar verme reflejado en ti... solo te pido una cosa hijo mío... no cometas los mismos errores que yo —Derek niega mientras una limpia sonrisa se forma en su rostro, una sonrisa de amor y lealtad, mi jefe cruza sus brazos al frente y con la mirada perdida, permite que su padre continúe hablando —la otra de las locuras que cometí y de la que jamás me arrepentiría eres tú Susan.

Decenas, cientos, que va ¡miles de ojos voltean en nuestra dirección! cuando en un arrebato de sinceridad Samuel Graham nombra a mi amiga, quien automáticamente se pone de pie.

—Amiga —susurro.

—Ahora no Diana, debo salir de aquí antes que llegue la tormenta —mi amiga se pone de pie, y fulminando con su mirada a Samuel Graham se marcha mientras todos la observan, JP se hace un lado para que mi amiga salga y luego ocupa su lugar.

—Estimados, calculo que muchos se deben encontrar sorprendidos y otros no tanto, y resumiendo este “*discurso*” —realiza comillas en el aire —pueden ver que no todo se puede medir, que en muchas ocasiones las emociones nos desbordan y lo que parece no es, nunca juzguen si no quieren ser juzgados.

Capítulo 1 – *Universidad, amor y un corazón roto.*

Termino de cepillar mi alborotado cabello intentando calmar los desordenador rulos que tengo esta mañana, no lo logro y viendo que podría tardarme la vida ansiando domar mi cabellera de leona, tan solo aplico algo de crema para calmar el friz, decido vestirme e ir por algo para desayunar.

En mi dormitorio observo mi desgarrado cuerpo frente al espejo... y aunque muchos dirán que soy bonita, no dejo de sentirme demasiado alta para mi edad, con un sinfín de pecas en mi rostro, lo que logra hacerme ver aún más aniñada y con más busto que las demás chicas de mi edad.

Me coloco un pantalón de jean, una blusa de tirantes de color blanco y mi amada camisa de cuadros desprendida, coloco vaselina en mis labios para hidratarlos y nuevamente observo mi rostro en el espejo, esta vez finjo una sonrisa, intentando que mi autoestima se convenza de que soy feliz.

En la cocina tomo un vaso de leche fría como desayuno y un trozo de pastel de manzana que compré en el supermercado de la esquina la tarde de ayer, la cruda realidad es que mi madre no cocina desde hace años, y tampoco puedo decir que soy muy manitas en lo referente a la gastronomía, vivimos de comida comprada en la rotisería, de pizzas congeladas, huevos revueltos y ensaladas, al menos lo último puedo hacerlo sin temor a quemar todo.

—Mamá —me inclino frente a ella quién mantiene la mirada perdida por la ventana, dejo la bandeja con su desayuno a un lado —mami, ya me voy —susurro mientras le doy un beso en la mejilla... en ese momento me observa y con una sonrisa en el rostro me desea suerte.

—Todo saldrá bien hija —responde con melancolía.

—Gracias mami... te amo.

—También te amo mi niña.

—Mamá, préstame atención... dejé tarta y ensalada en la nevera, prométeme que comerás —últimamente noto que no se ha alimentado bien, tampoco lava ni peina su cabello y no abre las ventanas de su recámara. Fuimos a ver al doctor, y como era de esperar recetó unas cuantas píldoras antidepresivas, las que solo logran dejarla más tranquila de lo que ya se encontraba, lejos... muy lejos de volver a ser la enérgica mujer de antes.

—Comeré... lo prometo —responde mientras acaricia mi mano, antes de perder su mirada nuevamente en la nada, lamentándose por dentro de algo que seguramente perdió en el pasado, sin permitirse disfrutar el presente.

Hoy es mi primer día de universidad y por más que puedo dar a las demás personas la imagen de chica segura, la verdad es que estoy muerta de miedo, y hoy más que nunca desearía tener una mejor amiga... de esas que en las películas pasa por ti despreocupadamente y te dice que todo estará bien, lamentablemente carezco de ella y debo tomar el toro por los cuernos y enfrentar la vida como pueda.

Hace poco mamá y yo nos mudamos a esta ciudad y aunque para muchos el cambio pueda ser emocionante y un desafío más por asumir, para mí no, he conocido a algunas personas que podría definir como “amigos” pero minuto a minuto extraño el pueblo donde nací, dónde viví diez y siete años, en dónde conocía el nombre de mis vecinos, donde aprendí a montar en bicicleta, di mi primer beso y enterramos a papá.

Es marzo y hace pocos días cumplí diez y nueve años, con la mudanza luego de la repentina muerte de mi padre, debí recursar el último año de secundaria para que me permitieran ingresar en la nueva escuela, obligándome a comenzar la universidad un año después de lo que mi meticulosa mente tenía planeada para mí. Observo mi rostro en el espejo una vez más, mis rulos se encuentran alborotados nuevamente y aunque pasé la noche en vela por los nervios mi rostro se encuentra descansado.

Salgo a la calle y aunque me emociona comenzar mis estudios en economía, aún me encuentro melancólica luego de tantos cambios, y ver a mamá sumida en una intensa depresión me parte el alma, y aunque el sol brille, mi vida se ha vuelto lenta, incierta y gris, tomo mi bicicleta y recorro el kilómetro que separa mi departamento de la universidad, al llegar observo que el campus se encuentra repleto de personas que caminan en varias direcciones, otros estudian sentados en el césped y algunos más conversan animadamente en grupo... espero ser parte cuanto antes de una de esas “tribus” para no sentirme un sapo de otro pozo.

Veo el lugar donde se estacionan las bicicletas, al notar que no quedan lugares disponibles amarro la mía en el caño de Prohibido Estacionar que se encuentra a varios metros de las demás, rogando que el guardia de seguridad la vea y no permita que nadie me la robe.

Como es de esperar, al llegar no conozco a nadie, pero lo que no entraba en mis planes era las dimensiones del edificio y la gran probabilidad de no encontrar mi salón de clases «mierda»

esto no era lo que imaginaba en mi primer día de clases, esperaba llegar, y que algún estudiante nerd me interceptara en la entrada y se presentara con una sonrisa repleta de frenos, con varios panfletos sobre la dinámica de la universidad, clases opcionales y distribución de clases, lamentablemente eso no ocurre, y apenas logro conseguir que un administrativo señale con poca paciencia la pizarra de corcho donde cuelgan los horarios.

Paso varios segundos «aunque probablemente fueron minutos» observando la cartelera con los cronogramas y distribución de clases con atención, cuando una divertida voz me saca del trance.

—¿Necesitas ayuda?

Volteo y en ese instante fue que lo vi por primera vez... y con vergüenza admito que no pude responder hasta que el apuesto joven volvió a preguntar:

—¿Si necesitas ayuda puedo guiarte? —sonrió y con certeza fue lo mejor que sucedió en esta aburrida ciudad desde que nos mudamos —estoy en tercer año y entiendo que el primer día es como encontrarte en China sin un mapa.

—Gracias —respondo sin gracia —soy Susan —a lo que el desconocido tiende su mano y al entregar la mía responde:

—Soy Sam... bienvenida a bordo Susan —guiña uno de sus hermosos ojos celestes y parece que la nube gris que me acompaña desde hace tiempo se aparta —*¿y qué tenemos por aquí... futura contadora o economista?* —pregunta con diversión.

—Economista —respondo con timidez —aunque teniendo en cuenta que no logro encontrar ni mi salón de clases, quizás lo mejor sea replantear la opción de cambiar de carrera a botánica o cocina —ambos sonreímos.

—¿Te gustan las plantas y la cocina Susan?

—Ninguna de las dos para ser franca... quemó la comida y ahogó las plantas —elevo mis hombros restando importancia y Sam cruza sus brazos y recuesta su atlético cuerpo contra la pizarra, sin importarle que muchos necesiten ver lo que allí se encuentra colgado —pero los números se me dan bien —elevo mis hombros restando importancia —calculo todo y no dejo de proyectar... así que primero probaremos suerte en esta universidad a ver qué pasa —él sonríe.

—Me parece una buena idea —agrega —además... será lindo ver esa cabellera vikinga por los pasillos de la universidad, creo dará algo de luz al edificio.

Mi respiración se entrecorta, y la sonrisa más tonta se forma en mi rostro... que un chico se fije en mí en este momento de mi vida es refrescante, pero que un chico mayor que yo lo haga es un milagro de la naturaleza Susan «aúlla mordazmente mi subconsciente»

—*Sam* —gritan desde la otra punta del hall —*Sam, Sam* —repite la chica que viene directo a nosotros con varios libros en sus brazos, es muy bonita, cabello oscuro, ojos grandes de un intenso color azul y labios rojos, junto a ella un muchacho de finos rasgos llega también junto a

nosotros, es mono... opuesto a Sam pero mono al fin —*reprobé* —lloriskeya, Sam pasa su brazo sobre los hombros de la chica.

—Estudiaremos y lo salvarás el siguiente semestre Clara.

—*Gracias amiguis* —responde empalagosamente —mamá y papá van a matarme si repruebo una vez más, ya me dijeron que no me llevarán a esquiar hasta que apruebe todas las asignaturas del tercer semestre —busca en su mochila un pequeño espejo, y mientras se limpia el maquillaje corrido me observa y como si yo no estuviera allí pregunta: —*y... ¿quién es ella?* — me observa de arriba abajo y aunque me molesta su descortés comportamiento intento ignorarla... no me da la impresión de que sea su novia, y aunque se encuentre un año por delante de mí, su aññado comportamiento no me genera una amenaza en ningún aspecto.

—Soy Susan —respondo mientras tiendo mi mano.

—*Hola Susan* —gesticula con desdén al entregar su mano y devolver el saludo con un flácido apretón —*¿de qué año eres Susan? creo no haberte visto antes por aquí* —agrega.

—Es su primer día Clara —responde Sam por mí —¿recuerdas ese día? —y en ese instantes los tres rieron —estabas tan perdida que te pusiste a llorar en medio del corredor.

—*Claro que sí amiguis...* —y es en ese momentos en que me pregunto si ella *¿es o se hará la tonta? Porque nadie de más de dieciocho años debería de hablar como de cinco "amiguis"*, sonrío sin ganas cuando los tres lo hacen y continúo observando la cartelera para ubicarme de una buena vez y dejar a "chica amiguis" cuanto antes

Finalmente logro ver el punto donde me encuentro, y el lugar donde supuestamente se encuentra mi clase de introducción, ala derecha, segundo piso salón C, repito en voz baja y pienso que debería de tomar nota antes que Sam me mire con sus bellos ojos y yo me olvide de todo.

Volteo y antes de que pueda despedirme, el morocho que llegó minutos antes con "chica amiguis" toma mis hombros con sus manos y de improvisto me da dos besos, uno en cada mejilla.

—*Benvenuti a bordo bella ragazza* —su acento me sorprende y al observarlo mejor puedo notar que sus rasgos físicos son claramente mediterráneos, cabello oscuro, piel blanca y nariz angulosa, que daban al apuesto joven un aire de chico sexy y malo.

—¿Italiano? —pregunto aún algo avergonzada por su cálido saludo.

—Así es Susan —responde Sam, pasando su brazo despreocupadamente por mis hombros, creo que dejo de respirar y mi cuerpo se paraliza al sentir su contacto —verás... a mi amigo Alessandro le gusta seducir mujeres con su acentito italiano —bromea Sam, quién de los tres me parece el más elocuente y centrado... el más parecido a mí en definitiva y de los dos especímenes masculinos el más apuesto sin dudas.

—No le hagas caso a Sam —comenta Alessandro, esta vez en un perfecto español, aunque el tonillo deja en claro su procedencia —mi amigo se pone celoso... es él quien quiere abarcar a todas las mujeres bellas de la universidad —guiña su ojo y puedo intuir que me sonrojo con su

respuesta.

—Vamos Susan, te mostraré tu salón de clases antes que yo deba entrar a dar un examen —agrega despreocupadamente, y sin esperar respuesta toma mi mano y jala de mí al interior de la bulliciosa universidad de ciencias económicas.

—¿Es tu novia? —y aunque intento contener mi curiosidad, mi boca es más rápida que mi filtro cerebro—boca y escupe lo primero que llega a mi mente.

—Es solo una amiga —responde Sam ni bien subimos al ascensor y sonrío de lado —dame tu mano —y sin esperar respuesta toma la palma de mi mano entre una de las suyas, mientras que con la otra rebusca en el bolsillo trasero de su pantalón hasta dar con un gastado bolígrafo, retira el tapón con su boca —este es mi número de teléfono anota en la palma de mi mano causándome cosquillas —si necesitas algo, si alguien te molesta o simplemente quieres hacer una fiesta «sonríe» puedes llamarme a la hora que sea, luego me entrega el boli y coloca su antebrazo frente a mí.

Lo observo desconcertada, pero capto el mensaje al instante y anoto el número de casa en su antebrazo, justo debajo de un tribal que tiene tatuado. Sam lo observa y eleva sus cejas con sorpresa.

—¿Nada de celulares?

—Nop —respondo con algo de pena.

—No usas maquillaje, no tienes un teléfono móvil... —coloca su mano en una pose pensativa —¿hay algo más que quieras informarme?

—Bueno... no me gustan los lugares muy concurridos, no suelo usar tacón, me gustan las películas románticas y odio el pescado.

—Bien... —Sam permanece pensativo por unos segundos —puedo vivir con eso —el ascensor se detiene y ambos salimos a la vez, en silencio caminamos hasta mi salón y puedo ver lo popular que es Sam por la cantidad de gente que se detiene a saludarlo.

—Samuel Graham... ¿qué trae a mi estudiante estrella a la clase de introducción a la economía? —comenta un hombre mayor, con unos cuantos kilos de más y escasa cabellera que aguarda fuera de la clase, por su comentario puedo intuir que es profesor, más exactamente mí profesor.

—Estoy trayendo carne nueva profesor Carsoglio.

—Así me gusta Graham... usted siempre tan servicial —ambos sonrían —espero que algún día acompañes a alguien de tu mismo sexo hijo.

—Sabe que eso no pasará profesor —Sam apoya su mano en mi hombro como si se tratase de un hermano mayor, pinchando en parte la efímera burbuja de color que se había formado en mi mente... «Quizás solo sea así y no le gustes Susan»

— Toda suya profesor... cuídeme bien a la Vikinga —¿Vikinga?... ¿esa soy yo?

—Sé cuidarme sola —gruño mientras clavo mis ojos en los de Sam avergonzada.

—Pase señorita, antes de que caiga bajo los hechizos del joven Graham —tarde profesor Carsoglio... me temo que eso ya ocurrió «*pienso con pesar*» Obedezco y en silencio y sin voltear ingreso al salón de clases, y con temor a lo desconocido ocupo mi lugar en el asiento más alejado de la última fila.

Poco más de las ocho llego a casa.

Mamá ya llegué...

¿Mami me escuchas?

Un escalofrío recorre mi columna vertebral, ese que una y otra vez me invadió cuando ella no respondía mis llamados, o las veces que bajo los efectos de los somníferos no escuchaba el timbre y yo permanecía temblando de miedo fuera del departamento, pensando en las múltiples cosas que pudieron haberle pasado. Con temor camino hasta el dormitorio, y antes de ingresar veo que mi madre duerme profundamente, nada debería llamar mi atención, ya que ella suele dormir muchas horas del día, pero a medida que me acerco y tomo asiento junto a ella, el frasco de píldoras antidepresivas completamente vacío en una de sus frías manos confirma el peor de mis temores.

—¡Mamá! —grito mientras tomo el teléfono y marco al 911 —mami no por favor, no me hagas esto —lloro mientras el cuerpo sin vida de mi madre, inerte y pálido descansa sobre mi pecho, las lágrimas bañan mi rostro completamente y mientras aguardo a los servicios médicos cubro a mi madre con una manta intentando darle calor y devolverle la vida con ese acto.

Sin saber qué hacer o a quién llamar, el número telefónico de Sam comienza a borrarse de la palma de mi mano, y llevada por la angustia, soledad y desesperación marco el número.

Al segundo timbre responden un jocoso... “Dime Vikinga”

—Sam... —respiro hondo mientras las palabras se niegan a salir por mi garganta —te necesito.

No hubo servicio fúnebre, ni velatorio ni entierro... sola tuve que afrontar los trámites para que cremaran a mi progenitora, y sola me reuní con los abogados para iniciar los trámites luego de su partida, bueno, completamente sola no, mi tía Liliana se presentó luego de años de no saber nada de ella, con marcado interés en saber sobre sus joyas y propiedades... claro que el haber estado tanto tiempo alejada de nuestras vidas, hizo que no se enterara que con la muerte de papá, sólo nos quedó dinero suficiente para comprar un pequeño pero céntrico departamento en esta nueva ciudad y el resto fue destinado a la matrícula de la universidad que yo había elegido para estudiar.

Se marchó luego que cremáramos su cuerpo y no volvió a llamar para saber nada más de mí, en parte me entristece, en parte me alivia, la gemela de mi madre confirma que entre los hermanos existe uno bueno y uno malvado, y si bien verla me choca, ya que el parecido con mi

madre es inevitable, es lo opuesto a ella... piel bronceada, uñas largas pintadas de un furioso color rojo, labios rellenos de colágeno, y su rubia cabellera estirada en una alta coleta de pelo... en cambio el frágil estado de los últimos días de mi madre la llevaron a encontrarse pálida, con ojeras marcadas y una enmarañada cabellera.

Heredé el departamento en que vivíamos y una modesta cantidad de dinero en el banco, suficiente para mantenerme el tiempo que me llevara conseguir un empleo.

Desde ese fortuito día Sam se ha convertido en mi mejor amigo, y a pesar de solo habernos visto por minutos, acudió a mi llamado como todo un caballero, la sorpresa fue abrir la puerta y encontrar a su padre junto a él... el hombre me abrazó como si me conociera de toda la vida y habló con la policía y paramédicos mientras yo me permitía llorar la pérdida de mi madre como alguien de mi edad, con angustia y miedo, sentada en el sofá del living mientras Sam masajeaba mi espalda con cariño.

—Todo saldrá bien Susan... te lo prometo —susurró mientras permitía que la chica nueva de la universidad, reposara su cansado y triste rostro sobre su hombro.

—Gracias por estar Sam... yo lamento todo esto —limpio mi nariz con un trozo de papel sanitario y observo el techo intentando aclarar las ideas —simplemente no supe a quién llamar, y tu número se encontraba en mi mano y sin pensarlo yo... —pero Sam enfrentó su cuerpo al mío, acarició mi alborotada cabellera.

—Hiciste lo correcto Vikinga... hay veces que las cosas ocurren por algo, quizás no fue una simple casualidad habernos conocido en la entrada de la universidad ¿no lo crees? —yo te prometo que también estaré para ti, pase lo que pase siempre estaré— nuestras miradas se enfrentaron y sus ojos celestes junto al marrón de los míos detuvieron el tiempo.

—Eres hermosa vikinga —murmuró mientras sus labios se posaron castamente en los míos, y luego tiernamente con su dedo limpió las lágrimas que no dejaban de deslizarse por mi rostro.

No dije nada pero tampoco hice nada para impedir ese inapropiado pero reconfortante beso.

Cuando todos se marcharon y quedo por primera vez sola en casa, fue que finalmente caí en la triste realidad de que hacía tiempo me encontraba sola... y aunque mamá vivía conmigo, no dejaba de ser una presencia que silenciosamente habitaba mi hogar, porque la tristeza y soledad que estoy viviendo en estos momentos la vengo sintiendo desde hace rato.

Mis vecinos trajeron algo de comida y flores al enterarse de la noticia y una de las ancianas que comparten mi piso incluso se ofreció a venir a dormir conmigo, y aunque el gesto se me hizo muy tierno, decliné su oferta, debo afrontar mi nueva realidad, y cuanto antes lo haga, antes me acostumbraré a ella *«tú puedes Susan... porque de los cobardes nadie ha escrito nada»* me repito una y otra vez mientras lloro, tiemblo y tengo miedo de la oscuridad que proviene del desértico dormitorio que ocupaba mi madre. Lentamente camino hasta el, con la esperanza de que

todo haya sido un mal sueño, y la encuentre durmiendo como un par de noches atrás. Llevo despierta más de cuarenta horas y el cansancio comienza a jugarme una mala pasada, ya que el enojo reemplaza a la tristeza y con un grito ahogado por el llanto exclamo *¡¿por qué?!*

¡¿Por qué lo hiciste mamá?!

Grito.

¿Por qué ahora, por qué no pensaste en mí?

Lloro y con cansancio tomo asiento en su cama, observo su mesa de noche repleta de medicamentos y mientras las lágrimas se deslizan por mi pómulo, en un arrebato de furia lanzo todo lo que se encuentra sobre ella contra la pared... escucho el sonido de los frascos romperse cuando caen al suelo y cubro mi rostro con mis manos.

¿Cómo seguir?

¿Cómo hago para continuar con mi vida sin derramar una lágrima a cada minuto? Abro el cajón de su mesilla de noche y en ella encuentro una foto de nosotros tres, papá me sostiene en brazos, mientras mi madre nos observa con una sonrisa de amor pintada en su rostro... ¿qué edad tendría yo? Tres, cuatro años tal vez «sonrío» cómo me gustaría volver el tiempo atrás y volver a ser esa niña de largas coletas rubias, con dientes de leche y pecas en sus mejillas.

Suspiro y dejo la foto a un lado de la cama.

Continúo mirando las pertenencias que le hicieron compañía a mi madre en sus últimos días de vida y descubro un sobre con mi nombre, debajo de este una carpeta con su nombre y la inscripción de su seguro médico.

Con manos temblorosas abro el sobre que con letra temblorosa tiene mi nombre estampado en el...

“Querida hija, seguramente cuando leas esta carta ya no me encuentre contigo, bueno, al menos no en el plano físico, porque siempre cuidaré de tus sueños mi niña de cabellos dorados. Seguramente no puedas comprender mi accionar y te encuentres enojada conmigo, para ser sincera yo tampoco logro comprenderme en muchas oportunidades, es como si me encontrara en una caja de cristal debajo del océano... puedo ver lo que ocurre a mi alrededor pero no interactuar hija mía, sé que soy un cobarde al decirte esto con una carta luego de mi partida, pero siempre fuiste una persona fuerte... mucho más que yo y puedo confiar en que estarás bien. Poco antes de mudarnos a la ciudad los médicos descubrieron que padezco... bueno, padecía una enfermedad, es un tipo de demencia mejor conocida como Alzheimer, la cual no tiene cura y solo empeora día a día, hace tiempo vengo sintiendo los síntomas y he tomado nota de las cosas más simples para no olvidarme de nada y que tú no lo notarás, pero ya no puedo más, siento que seguir viviendo no vale la pena... y como el cobarde que siempre fui busqué la forma de escape más rápida. Lamento no poder verte graduada, o poder acompañarte a elegir tu vestido de boda cuando conozcas al hombre indicado, o mimar y consentir a tus bebés, pero

aunque me encuentre aquí no podré hacerlo de todas formas y solo seré una carga para ti amada niña, aprovecho este momento de lucidez para decirte que estoy orgullosa de la mujer en la que te has convertido y con tu fuerza podrás superar esto y mucho más. Te ama... mamá”

Finalmente terminé mis exámenes del segundo semestre, y aunque al comienzo pensé que sería imposible afrontar el suicidio de mi madre, un empleo de medio tiempo como niñera y la universidad, la realidad es que pude, una vez más me dije a mí misma que *querer es poder* y que tal cual lo dice mi amigo Sam las cosas ocurren por algo y que aunque no nos guste asumirlo, *lo que sucede conviene*.

Las rejas se abren lentamente y mientras lo hacen ingreso montada en mi bicicleta, la dejo a un lado de las cocheras y al llegar a la entrada el padre de Sam aguarda con la puerta abierta.

—Hola señor Graham.

—Susy... ya te dije que puedes llamame Salomón —pronuncia mientras me da un cálido abrazo —y... ¿cómo te encuentras? Ya me enteré que aprobaste el primer semestre y me alegra mucho.

—Estoy muy feliz señor Grah... —aunque me interrumpo —Salomón —corrijo —cansada pero feliz —agrego con una sonrisa mientras llegamos a la cocina de su enorme mansión, porque para mi sorpresa, Sam, el chico con el que me topé el primer día de clases, ese guapo, atlético y sencillo hombre era un niño rico, aunque no lo aparentara para nada, no así era el caso de Clara y Alessandro, ellos también eran ricos, no tanto como Samuel Graham, pero se encargaban de hacerlo notar cada instante.

—Bueno Susy, justamente de eso quiero hablarte —sus palabras me desconciertan, y el padre de mi amigo debe de haberlo notado, ya que separa un taburete de la alta mesada y con un gesto me indica que tome asiento. Obedezco y Salomón comienza a desprender las mangas de su camisa y prolijamente las dobla para no ensuciarse, toma dos vasos y sirve jugo de naranja en ellos, me entrega uno y el otro lo deja a un lado, seguramente para cuando llegue su hijo.

—¿Sobre qué quiere hablarme? —pregunto, mientras bebo medio vaso de jugo de una sola vez, se encuentra fresco y delicioso, con mi modesto sueldo de niñera apenas logro cubrir los gastos fijos del departamento y comida básica, lo cual no incluye al jugo de naranja recién exprimido.

—Sobre tu cansancio Susan —toma una tabla de cocina y comienza a colocar sobre la mesada cebollas, pimientos, zanahorias y repollo, mientras toma la cebolla y con destreza la pela pregunta: —¿cuánto ganas como niñera?

—Bueno «carraspeo» ejem... no mucho, pero es suficiente para...

—Siete dólares la hora papá —responde Sam por mí cuando ingresa de imprevisto a la cocina sobresaltándome —lo fulmino con la mirada y el guiño un ojo y besa mi mejilla antes de ir y saludar a su padre.

—Sé que no es mucho, pero vivo sola Sam, ya lo hemos hablado, con lo que gano una semana puedo pagar la despensa y con lo de la siguiente ahorro para la comida y...

—No cuentas con seguro médico y tu heladera siempre se encuentra vacía, mírate Susan —ambos me observan —cada día te encuentras más delgada, y dudo que te halles a dieta amiga.

Me pongo de pie de golpe furiosa.

—Nunca te pedí nada Samuel, así que agradezco no interfieras en mi vida.

—Uhh... qué miedo —camina hasta mí y enfrentando su rostro al mío remata —la vikinga se enojó.

—Me marchó —tomo mi mochila y cuando comienzo a caminar Salomón habla:

—Nadie irá a ningún lado —freno de golpe, hay algo en su forma de hablar que calma a la fiera que habita en mi interior, ni hablar de la gratitud que siento por su persona, cuando él y su hijo me ayudaron en el peor momento de mi vida —muchachos, tomen asiento por favor —ambos lo hacemos y cuando Samuel saca un cigarrillo y lo coloca en su boca su padre lo reprende con tan solo una mirada —nada de esa porquería hijo, ya sabes lo que pienso... “el cigarrillo mata” —recitan a dúo.

Salomón coloca un sartén wok a calentar en el fuego, y mientras tanto rebana en finas tiras a los pimientos, acto seguido lo hace con las zanahorias y el repollo.

—¿Nos acompañarás a cenar verdad? —me observa y yo asiento en silencio —bien —responde complacido —y volviendo al tema del empleo de Susan, y sin ánimos de ofender niña, creo que eres una mujer brillante, y que desperdicias tu talento al trabajar como niñera, en la oficina tenemos un puesto libre de medio tiempo para trabajar como auxiliar contable, y considero pueda interesarte... —deja la oferta en el aire mientras coloca la verdura en el wok, el aroma que comienza a salir hace rugir mi estómago —el salario no es gran cosa al principio, será de mil quinientos dólares al mes, y si tenemos en cuenta que cobras siete dólares por hora, y trabajas cinco días a la semana, y son cuatro semanas al mes —permanece pensativo algunos segundos mientras realiza un cálculo mental —hablamos de quinientos sesenta dólares, contra mil quinientos libres, además contarás con seguro médico y bono navideño.

—Yo... yo —woow las palabras no me salen, mil quinientos dólares es mucho dinero para lo que estoy acostumbrada, hablamos de poder pedir pizza los viernes, ¡incluso podría comprar ropa nueva!

—Acepto —respondo sin meditarlo por mucho tiempo.

—Así me gusta Susan, no estaba equivocado... eres una mujer muy inteligente.

—Pero no podré comenzar hasta que consigan a una persona que cuide de los niños... no puedo abandonar mi trabajo de la noche a la mañana —agrego temiendo que la oferta se vea afectada por el impedimento.

—Veo que además de inteligente eres comprometida con el trabajo y tienes buenos valores —agrega Salomón —aunque de lo último no tenía dudas... tú y yo nos llevaremos bien.

Cenamos el delicioso salteado que preparó el padre de Sam y luego nos quedamos

conversando sobre el pasado, y de cómo afrontó la muerte de su esposa cuando mi amigo llegó al mundo, y si bien sabía que su mamá falleció en el parto, la historia contada por Salomón, cómo crió a su hijo y creó la fortuna que tienen poco a poco, me da una imagen más “humana” de padre e hijo, y que a pesar de ser millonarios el señor Graham llegue del trabajo y disfrute de cocinar junto a su hijo como cualquier otro padre de familia haría.

También me enteré que tuvo un hermano que falleció poco antes que Samuel naciera, y aunque su cuñada era una persona un poco egoísta, ama a su sobrino Ricardo Graham como si fuera otro hijo, hoy su cuñada le daba igual y su querido sobrino se encontraba estudiando arte por dos años en Francia.

No mencionó la existencia de ningún amor o futura señora Graham, por lo que me pareció imprudente preguntar al respecto, aunque a simple vista se veía la convivencia de padre e hijo como un engranaje perfectamente aceitado y por el buen carácter de Sam, su simpatía, inteligencia y sencillez, todo indica que el trabajo de Salomón Graham fue del mejor.

Son las once de la noche cuando tomo mi mochila, Salomón se disculpó y se marchó a realizar una llamada telefónica en su despacho luego de la cena, mientras tanto con mi amigo preparamos palomitas de maíz y miramos una aburrida película de acción, cuando siento que el sueño me vence decido marcharme, mañana trabajo temprano y cuidar de dos niños pequeños mal dormida no es lo mejor del mundo.

Beso la mejilla de mi amigo y camino a la salida.

—¿Me abres?

—Te llevaré a tu casa Susan... no es seguro que vayas en bicicleta sola a esta hora.

Pongo mis ojos en blanco y con poca paciencia repito:

—Sam... ¿puedes abrirme sí o no? —es tarde, tengo sueño y mañana será un día largo, necesito tomar una ducha y dormir cuanto ante.

—Puedes quedarte a dormir si gustas, porque no permitiré que vayas sola a tu departamento, y si no permites que te lleve no tendrás otra opción.

—¿Acaso te has vuelto loco? No puedo hacer eso... mucho menos con el señor Graham en casa —Sam se pone de pie.

—Pues resulta que sí puedes cariño —pasa su fornido brazo por mis hombros —y para tu información... yo también soy el señor Graham —ambos reímos — besa mi coronilla —vamos, te dejaré mi cama y yo dormiré en el suelo.

Me detengo y lo observo directo a los ojos, y aunque también se lo ve cansado sus ojos brillan como de costumbre.

—Vives en una mansión... tienes tantos baños que aún no logro contarlos, tienes chofer, cocinera, mucamas y jardinero —recito mientras en contra de lo que tenía planeado Samuel posa su mano en mi espalda baja y juntos comenzamos a subir la escalinata que guía a los dormitorios.

—¿Y eso viene a...? —pregunta con curiosidad.

—Y eso viene a... que no logro entenderlos —sonríó —tu padre cocina, ambos manejan sus propios coches y ahora prefieres dormir en el suelo, en vez de darme una de las tantas habitaciones de invitados que tienes.

—El dinero no es todo vikinga —dormir junto a ti no tiene precio —comenta seductoramente.

—¿Estás intentando seducirme amigo?

—Puede ser amiga, aunque el sexo arruina más amistades que el dinero —me largo a reír con su comentario y cuando quiero ver ya nos encontramos en su dormitorio, Sam cierra y tranca la puerta. Tomo asiento en su cómoda cama, mientras él camina hasta su vestidor y vuelve con una camiseta perfectamente doblada y planchada.

—Toma... puedes usar el baño primero, cuánto antes te duermas, descansarás más y la universidad corre menos riesgo de que un zombi se presente a la clase de cálculo dos.

—Eres malo —gruño algo adormilada mientras ingreso al baño, cierro y aunque intento mantener las cosas en orden, su espacio me hace fantasear con su musculoso cuerpo debajo de la regadera... salpicado de gotas de agua, con una toalla anudada en su estrecha cintura. Basta Susan... Sam bien lo dijo, el sexo destruye amistades, y valoro demasiado su leal amistad como para estropear todo con un polvo.

Velozmente me desvisto, doblo pulcramente mi pantalón, camiseta y sudadera sobre una silla y tomo una rápida ducha, sin muchas opciones coloco la camiseta que mi amigo me entregó, dudo ante la opción de dormir con la ropa interior que usé todo el día, o hacerlo como Dios me trajo al mundo, aunque no sea la mejor, es la que corresponde.

Salgo y me encuentro a mi amigo recostado en la cama extra grande que tiene, con el control remoto en la mano cambiando de canal y con una ceja en alto me observa y con picardía sonrío de lado.

—Bueno... mi turno —de un salto se pone de pie, y al pasar junto a mí se detiene, y jala de la toalla que tengo anudada en el cabello, este cae enmarañado por mi espalda y Sam sonrío con satisfacción —así me gusta más —peligrosamente acerca su nariz a mi cuello y luego con desfachatez me huele y besa la zona antes de marcharse.

«¿Qué demonios fue eso Samuel Graham?» pienso, aunque intentando eliminar cualquier idea loca, me introduzco en la cama velozmente, y me tapo hasta por encima del pecho. En la gran televisión hay un documental sobre aeropuertos y no pasan más de cinco minutos cuando caigo rendido en los brazos de Morfeo.

Amanece.

A Fuego lento de la cantante Rosana me despierta.

Sigo el camino del cortejo,

*a fuego lento a fuego añejo,
sigo avivando nuestra llama,
tantos días como sueños tantos sueños que no acaban.*

*A fuego lento me haces agua,
contigo tengo el alma enamorada, me llenas me vacías me desarmas...*

Cubro mi cabeza con mi almohada, aún no veo la luz del sol y mi amigo ya se encuentra escuchando música.

—Arriba Susan Williams o llegarás tarde al trabajo —grita desde el baño.

Tomo asiento en la enorme cama y masajeo mi rostro, y aunque en principio me incomodó la idea de quedarme a dormir, la comodidad de la cama, más la buena compañía hizo que mis horas de sueño repararan el cansancio que traía atrasado.

Salgo de la cama y camino hasta el baño en busca de mi despertador humano... —¿Rosana? —al ingresar veo que mi amigo luce solamente una toalla anudada a la cintura, y mientras se afeita sonrío cuando nuestras miradas se cruzan espejo por medio —nadie debería despertar con esta música Samuel Graham —sonrío mientras recuesto mi peso en el marco de la puerta y observo alguno de sus tatuajes... no es que nunca haya visto a mi amigo sin camiseta, ¡para nada! Porque hemos tenido fiestas en la piscina, y también fuimos con Clara y Alessandro a la casa de playa del italiano, pero su torso desnudo salpicado de pequeñas gotas de agua de la ducha que recientemente acaba de tomar, más la toalla anudada en su cintura, más que solo he tenido relaciones sexuales una vez en mi vida, y eso fue hace más de un año, hace que el paisaje que tengo frente a mis ojitos se me haga de lo más tentador.

Sam lo nota y con una sonrisa de lado pregunta:

—¿Perdiste algo vikinga? —mientras que con descaro observa su entrepierna.

Molesta elevo mis ojos al techo.

—¿Por qué los hombres siempre piensan en su pene todo el tiempo? —protesto intentando camuflar mis libidinosos pensamientos por enojo —*pene, pene, pene...* si digo "*quiero comer una salchicha*" es igual a quiero un pene, si digo banana, batata, picaporte, palanca... ¡uff! ¡Todo, absolutamente todo es tomado con segunda intención! —porque yo podría ser perfectamente lesbiana —elevo mis cejas de forma desafiante —y tú no saberlo.

—¿Eres lesbiana Susan?

—Podría serlo señorito pene —comento molesta, velozmente tomo mi ropa, la que dejé doblada sobre la silla y volteo para salir, cuando lo hago la voz de Sam sobre mi nuca me estremece «¿cómo fue que llegó aquí sin que yo lo haya escuchado?

—Si así fuera me romperías el corazón vikinga —susurra y su cercanía me eriza —aunque

por mis años de experiencia puedo darme cuenta que es solo un jueguito de los tuyos.

Yo de espaldas, él de pie justo detrás de mí, desliza una de sus enormes manos por sobre mi abdomen bajo, y no debe de hacer más que un poco de fuerza para tenerme recostada contra su pecho. Horrorizada y excitada en partes iguales puedo sentir su erección presionar mi espalda y debo respirar hondo para no desmayarme.

—No soy lesbiana Samuel... pero tú no eres mi tipo de hombre —remato, intentando zafarme de su agarre.

—Sigues mintiendo —agrega, mientras reafirma su agarre con su otra mano.

—Basta Sam... ya es suficiente —me retuerzo pero sus brazos tienen demasiada fuerza.

—Si continuas moviéndote de esa forma solo lograrás dos cosas —amenaza —la primera es que me excite aún más.

—¿La segunda? —pregunto con descaro.

—La segunda es que la toalla que se encuentra anudada a mi cintura caiga... si eso ocurre no habrá Dios que te salve de mí Vikinga —recita pastosamente contra mi oído, de pronto se hace el silencio, hasta que Sam vuelve a hablar —*ops* —no es necesario ser adivino para saber lo que ha ocurrido, observo el suelo, y entre medio de nuestros pies se encuentra la toalla blanca que minutos atrás cubría la desnudez de mi amigo... «Mierda»

La melodía cambia a una lenta, instrumental y sensual, logrando que la poca cordura que permanecía alojada en mi interior, desaparezca tan rápido como la sudadera cuando Sam me la quita por sobre la cabeza.

—Creo que esto está mal Samuel.

—Adoro cuando pronuncias mi nombre —besa mi cuello, mientras lentamente una de sus manos comienza a deslizarse por mi caderas —elimina los prejuicios Susan... te prometo que nada cambiará entre nosotros —un beso más sobre mi hombro y mi cabeza cae hacia atrás —haremos el amor —continúa torturándome con besos y pequeños mordiscos sobre mi cuello y nuca —luego tomaremos una ducha —cubre lentamente mis pechos con sus manos y comienza a masajearlos, es la tortura más deliciosa que jamás haya sentido en la vida y noto como la cabeza se me va y no me importa nada más en este momento —y luego te llevaré al trabajo.

Lentamente insta a que volteé mi cuerpo para quedar enfrentados, es tan alto que debo elevar mi rostro para que nuestras miradas se crucen, observa mis labios, mis pechos, y sin pedir permiso toma mi nuca con su mano, aproximando mis labios a los suyos con tanta pasión que por un momento me quedo sin aire, puedo sentir cuando con su brazo libre me eleva del suelo varios centímetros y también siento cuando caemos sobre la cama. Todo es orgánico y fluye como si mil veces nos hubiéramos encontrado en esta situación, introduce uno de mis pechos dentro de su boca, y siento la intensidad de cuando juega con mi pezón mordisqueando y lamiendo la sensible zona, mientras lo hace sus manos viajan hasta mis bragas, y tomándola por ambos lados las desliza

con delicadeza... no hago nada para impedirlo, y tampoco para ayudar, por lo visto Samuel Graham es un gran amante, y su destreza no necesita ayuda. De rodillas se introduce entre medio de mis piernas, y en un movimiento las eleva tomándolas por detrás de las rodillas, muerde su labio interior con picardía, y la sonrisa más oscura se forma en su rostro, la música suena fuerte, nuestros cuerpos sudados piden más, Sam toma la base de su enorme miembro y juega con la abertura de mi sexo, me retuerzo incapaz de permanecer quieta por un segundo.

—Shh... —susurra mi amigo, quien se agazapa sobre mí como un felino a punto del ataque, noto como su perfecta musculatura se marca cuando lo hace, y sin más... me penetra de golpe.

Dolor, placer... varios sentimientos se hacen presentes, cuando de un momento al otro, mi amigo «mi único amigo» y yo, decidimos borrar la delgada línea que separaba nuestra amistad de algo más.

—Desde que te vi por primera vez Vikinga, supe que algún día serías mía... —gruñe mientras su cuerpo se mueve con destreza sobre mí, entrando y saliendo una y otra vez.

—Necesitamos protección —gimo, en uno de los pocos momentos de coherencia que tengo, Samuel abre el cajón de su mesilla de noche y saca una tira de condones, no me extraña, ya que su fama de Don Juan no es nada nuevo en la universidad... pero en este íntimo momento, pensarlo en brazos de otra mujer me molesta. Toma uno y lo abre con los dientes, se lo coloca y nuevamente se encuentra dentro de mí, aunque esta vez en un ágil movimiento gira dejándome a horcajadas sobre su cuerpo.

—Galopa Vikinga —gruñe con los ojos cerrados y las manos sobre mis caderas —galopa y vente sobre mí cariño.

—¿Cariño? —repito molesta, al escucharlo llamarme como lo hace con todas .

—Susy, mi amor —comienza a recitar cuando en un movimiento de cadera queda con la mirada perdida —mi hada, mi reina ohhh mierda —gime y deja un sermón de groserías cuando se encuentra a punto de correrse, un último movimiento y lo tengo como quiero... nos venimos con tanta fuerza que temo por mi corazón —Vikinga... eres mi vikinga —gruñe con los ojos observándome a los ojos, luego toma mi nuca con su mano y dándome un último y tierno beso me abraza, y cubre nuestros cuerpos con la manta.

Minutos más tarde...

—¿Qué ha pasado? —pregunto aún recostada en los brazos de mi amigo.

—Sexo cariño —responde mientras me da un casto beso en la frente y coloca una pequeña rosa amarilla detrás de mi oreja.

Sonrí por el detalle, mientras sin darme cuenta repito con algo de culpa:

—Sexo —y aunque la culpa estaba, no era la suficiente como para hacerme sentir mal o arrepentirme de lo que acababa de hacer —¿también tuviste sexo con Clara verdad? —pregunto en un arrebato de curiosidad.

—También —responde con calma —aunque ella también lo hizo con Alessandro, así que no cuenta como una relación —agrega.

Elevo mi rostro de golpe y con diversión y asombro lo observo a los ojos.

—¿También con Alessandro?

—Ajam...

—Eso quiere decir —tomo asiento en la cama —que me falta dormir con Alessandro... —
agrego con humor —así me sentiré finalmente parte del grupo.

—¿Debe de ser una broma verdad? —y noto cuando comienza a molestarse.

—Si Clara durmió con Alessandro y también lo hizo contigo...

—Pero... —intenta refutar aunque lo interrumpo colocando mi mano en alto.

—Y tú lo hiciste con ella y ahora conmigo —lo observo con una ceja en alto —¿es correcto?

—Es correcto.

—Bien —me pongo de pie y de un rápido movimiento tiro de la sábana que cubre el cuerpo de Samuel, para cubrirme con ella y emprendo camino al baño —entonces creo que dormiré con el semental italiano también, para no sentirme en inferioridad de condiciones —sonrío.

Sam se pone de pie de golpe y cuando su furia estaba a punto de caer sobre mí, cierro y tranco la puerta del baño...

—Tomaré una ducha y luego debo de ir al trabajo —chillo.

—Esta conversación no quedará así Susan —amenaza en el instante en que abro la regadera y me sumerjo debajo del agua caliente, mi piel se encuentra tan sensible como mi alma y sin esperar mucho me largo a llorar.

La semana pasó deprisa y ninguno de los dos mencionó el encuentro de tercer tipo que mantuvimos furtivamente en su casa, la rutina de la facultad nos envolvió y nuestro grupo de cuatro se hizo en parte inseparable, Sam y Alessandro cursaban su último año, mientras Clara y yo segundo y primer año respectivamente, aprovechábamos los tiempo libres para que los chicos nos ayudaran con alguna duda que se presentaba, además de disfrutar los fines de semana juntos.

No hice muchos amigos de mi generación, y por momentos pienso si puede estar relacionado a mi relación con personas de otras clases... en fin, tampoco era algo que me causaba demasiada preocupación debo ser sincera, pero me hubiera gustado tener algunos amigos de mi edad para compartir temas en la cafetería.

Con Clara nunca logramos ser amigas, sobre todo si tenemos en cuenta que ella ha dormido con Sam y yo... bueno, y yo también «suspiro» pero a pesar de todo logramos llevarnos bien, nos separa un año de edad y manejamos el mismo grupo de amigos, creo que ambas nos dimos cuenta que no teníamos muchas alternativas y decidimos llevarnos bien, incluso llegó a prestarme vestidos para salir a bailar mientras que yo en ocasiones la maquillo para quedar a mano «cosa que se me daba bien»

Pero su familia... ahh su familia, cómo culpar a la pobre mujer de veintiún años de ser malcriada, narcisista e inútil con un par de hermanas tan estúpidas como las que tiene, hablamos de unas gemelas dos años mayor que ella, ninguna de las dos estudian y pasan las horas leyendo revistas de modas, con la increíble idea de que algún día serían modelos, idea que seguramente fue creada por una intensa imaginación y una realidad poco actual, ya que ambas no cuentan con la altura ni medidas que la sociedad exige para tal profesión.

Sus padres son agradables, sobre todo su madre, la señora Nelly, quien a pesar de ser una dama de la alta sociedad es una señora con todas las letras, educada, empática y cariñosa, y acostumbra llamarme por teléfono por las tardes para ver cómo me encuentro. Calculo que el enterarse de la pérdida de mi madre y saber que vivo sola desde hace meses le apena y se tomó la tarea de amadrinarme por voluntad propia.

Me encuentro capacitando una nueva niñera para poder renunciar finalmente a mi trabajo, e ingresar a la compañía Graham como pasante y mejorar mi salario y vida cuanto antes, y si bien junto a los niños me siento yo, no puedo tener un trabajo como lectora de cuentos y cambiadora de pañales por siempre. Y aunque me rompe el alma abandonarlos debo hacerlo, debo mirar adelante y tomar la decisión correcta.

Al salir de casa de los chicos, tomo mi bicicleta y comienzo a recorrer los minutos que separan su casa de la universidad, cuando al cruzar la segunda manzana un auto no respeta el semáforo que se encuentra en rojo y cruza, al hacerlo me asusto y afortunadamente logro frenar de golpe, aunque la fuerza con la que lo hago me hace caer de la bicicleta.

Caigo de cabeza, y aunque logro apoyar los brazos para evitar estrellar de lleno mi nariz contra el pavimento me hago daño y el dolor sumado a la desorientación hace que todo sea una nebulosa...

—¿Estás bien? —mierda, mierda, mierda —¿por favor rubia, dime que te encuentras bien?

“Se lastimó”... “seguro se encuentra borracha” “rápido antes que despierte”

Escucho de fondo, mientras no logro despejar mi mente completamente, dolor, mucho dolor, me duele la cabeza, el brazo y... bueno, me duele absolutamente todo. Al abrir los ojos puedo ver que un grupo de personas se ha reunido a mi alrededor, y mientras todos hablan entre sí, un hombre se ve particularmente afectado, y con su teléfono móvil en la mano habla mientras que con su mano libre desliza su negra cabellera hacia atrás una y otra vez.

Al ver que abro los ojos se inclina a mi lado y acariciando mi frente tiernamente me pide que no me mueva, y me indica que los paramédicos vendrán en minutos, también se disculpa varias veces. Se encuentra muy afectado, tanto que por una fracción de segundos caigo en la tentación de intentar calmarlo yo a él.

—¿Necesitas llamar a alguien?

—No gracias... estoy bien —respondo mientras en vano intento ponerme de pie —auch.

—No te muevas por favor —dime el teléfono de tus padres.

—No... —cierro mis ojos mientras sentada en el pavimento toco mi frente y veo la mancha de sangre que se transfiere a mis dedos —no tengo padres, pero gracias de todas formas.

El sonido de una ambulancia se escucha desde lejos y es entonces en que caigo en la cuenta que probablemente me trasladen a un sanatorio y nadie, absolutamente nadie sabrá lo que me sucedió, hasta que mis amigos mañana vean que no llegué a clase.

—Necesito hacer una llamada —solicito al despistado dueño del coche que provocó mi accidente... él se inclina una vez más a mi lado, y es entonces en que su belleza se me hace familiar, su perfecto rostro de modelo, su traje, sus intensos ojos grises me indican que no es la primera vez que nos estamos viendo, solo que no recuerdo de dónde *«¿estaré delirando?»*

Cuando me encuentro sentada en la ambulancia llega Sam, mi fiel amigo Sam. Puedo notar su nerviosismo al llegar, y como me escudriña de arriba abajo al verme sentada en una camilla, cubierta con una manta.

Un paramédico le indica que solo sufrí varias contusiones, y que afortunadamente ninguna es de gravedad. El conductor del coche se encuentra hablando con la policía y por su rostro imagino que deberá concurrir a declarar...

—¿Ese imbécil fue el que te arrolló? —increpa Samuel ni bien apoya un pie dentro de la ambulancia.

—No me arrolló —respondo con fastidio, y aunque agradezco su preocupación, buscar pelea no mejorará las cosas —yo me caí sola.

—Fue por su culpa —entrecierra los ojos y me observa —¿te amenazó?

—¡Sam! —protesto —creo que lo único importante es que me encuentre bien, solo te llamé para que alguien estuviera al tanto de la situación... o para avisar a los profesores si yo moría —observo sus ojos y Samuel sonrío de lado.

—Qué haré contigo Susan Williams —responde mientras besa con delicadeza mi frente

—Alimentarme con helado y tal vez llevarme a casa junto a mi bicicleta —y es luego de escuchar mi propio comentario en que caigo en la cuenta, de que no veo mi bicicleta por ningún lado —robaron mi bicicleta —gruño mientras algo mareada me pongo de pie.

—Estaba vieja Vikinga —intenta calmarme Sam —te compraré una de regalo.

—No quiero otra bicicleta —observo a mi amigo a los ojos —me la había regalado mi padre antes de... —no logro terminar la frase, las lágrimas comienzan a salir y la angustia y miedo llegan finalmente.

—Oh cariño... tranquila —Sam me abraza —yo te cuidaré —agrega y lo logra, su protección es algo que agradezco desde el primer minuto en que puse un pie en la desconocida universidad, pero en este momento en que tengo dolor, frío y hambre me siento sola de todas formas, necesito a mis padres, me gustaría contar con una hermana, un novio... ¡algo!

Algo que me pertenezca.

—Lo sé amigo y te agradezco mucho —Sam me observa a los ojos con cariño y melancolía «algo malo le sucede» puedo sentirlo pero desconozco la razón... ¿será por mi accidente?

—Hola, disculpen —escucho desde fuera de la ambulancia, ambos volteamos, y recostado, junto a la puerta abierta se encuentra mi atacante... bueno, el infractor que cruzó con luz roja.

—Hola respondo con una sonrisa en el rostro mientras camino hasta él —soy Susan, lamento haber causado tanto revuelo —realizo una mueca con mis lagios a lo que el desconocido tiende su mano, y mientras estrecha la mía cálidamente responde.

—Hola Susan, soy Max y de verdad lamento mucho toda esta situación, por favor, permíteme hacerme cargo de los gastos por la rotura de tu bicicleta.

—Gracias Max, de verdad eres muy amable —respondo con humor —solo que... ya no hay bicicleta —agrego y puedo sentir las protectoras manos de Sam posarse en mis hombros. Max nota el protector gesto de mi amigo, y con educación ahora se refiere a él...

—Lo lamento, soy Max, le decía a su novia que me haré cargo de los gastos que sean necesarios, y de verdad, estoy muy, muy apenado —comenta mientras tiende su mano para saludarlo.

—Samuel Graham —responde algo áspero dejando a Max con la mano en alto y sin recibir saludo «*qué rayos fue ese tono de voz*» alguien se encuentra celoso... murmura mi voz interior, mientras se pinta la uñas de rojo y sonrío con descaro —.No te preocupes Max... yo me encargaré de solucionar todo con —frena y voltea su rostro para observarme —con mi novia.

—Si firma aquí ya puede marcharse —solicita el paramédico, a lo que me zafó del agarre de mi amigo y estampó mi firma sobre el formulario. Luego camino hasta la puerta y antes que Sam se percate de mi escape bajo el primer escalón, aunque una mano tendida, lista para ayudarme a bajar me sorprende casi tanto como el accidente, es Max, quién con gentileza y caballerosidad me ayuda.

—Gracias —no puedo evitar sonrojarme y con vergüenza pensar en lo desalineado de mi aspecto.

—Por favor... permíteme comprar una bicicleta nueva, es lo menos que puedo hacer después de casi... casi —se interrumpe —por favor.

—Está bien —si eso va a aliviar su culpa no soy quién para detenerlo.

—Te agradecemos Max, pero no será necesario —responde Samuel por mí, y aunque me molesta su brusquedad no respondo nada —cariño, nos vamos —remata para mi asombro y sin mediar más palabras rodea mi cintura con su brazo y me saca del lugar.

—Gracias Max —volteo mi cabeza para saludar al guapo y desconocido conductor —ha sido un placer conocerte Max.

Max sonrío cálidamente mientras mi “novio” me arrastra del lugar como un poseído. —Lo mismo digo Susan...

Una vez en el auto, con algo de dificultad por el dolor que tengo en el cuello, observo a mi amigo —¿Fuiste muy grosero Sam? —chillo molesta —soy una mujer grande, independiente y libre como para hacer o decir lo que se me antoje... además ¿novio? Pss... ¿te pareces a un león macho marcando su terreno?

Sam se encuentra serio y con la vista clavada al frente responde:

—Te podría haber matado Susan ¿eres consciente de eso? No puedo imaginar que algo malo te hubiera pasado —sacude su cabeza —puedes quedarte en casa si lo deseas, bueno, en realidad eso me haría todo más fácil, yo podría cuidarte y mañana no estarías sola... Rosa y María podrían atenderte y cocinarte lo que quieras —agrega.

—No necesito de tu personal Sam, puedo cuidarme sola.

—Lo sé mujer —golpea el volante —sé que eres autosuficiente, que puedes vivir sola y lamer tus heridas como un superhéroe, pero quizás, podrías pensar un minuto en mí.

—No te entiendo Samuel... ¿qué rayos sucede contigo?

—Estoy nervioso por mi examen final Susan, mañana publican los resultados, también estoy finalizando con mi tesis y...

—¿Y...? —insto a que me cuente todo lo que lo trae mal.

—Voy a casarme Susan, me casaré con Clara apenas termine el semestre, aunque me encuentre enamorado de otra persona me casaré con ella.

Si el cuerpo me dolía a causa del golpe, la noticia que mi amigo acaba de darme es una

patada en medio del pecho, seguida de un baldazo de agua helada.

—¿Qué tú qué? —necesito escuchar nuevamente todo, porque seguro debe de haber un error, ¿casamiento? No puede ser... ¡ni siquiera son novios! *Bueno, al menos eso creo.*

—Ella está embarazada —presiona sus ojos con sus manos por un segundo, aunque nunca desatiende el tránsito que nos rodea —hace un tiempo su padre nos encontró —carraspea e intenta aclarar su garganta —nos encontró teniendo sexo en su casa, para evitar mayor vergüenza fingimos estar saliendo, por lo que cuando se enteraron del embarazo, su padre llamó al mío para exigir que me haga cargo de la criatura.

—Oh... —las palabras no me salen «Derek casado con Clara» —¿felicidades? —respondo sin saber bien que hacer en este momento, y aunque sabía que mi estúpido idilio romántico con Samuel Graham nunca llegaría a nada, la noticia me duele demasiado.

—El niño no es mío Susan.

—Mierda Samuel —y es en este momento en que el filtro cerebro boca falla y todo lo que pienso sale disparado de mí —¿acaso te has vuelto loco? Si el niño no es tuyo, ¿entonces, de quién es?

—De Alessandro.

—Entonces debe de hacerse cargo del niño Alessandro, deben llamarlo, ¿no es justo que no sepa del embarazo de Clara!

—Ese es el asunto Susan... lo sabe.

—¿Entonces?

—Entonces —respira hondo y puedo ver cuando sus hermosos ojos celestes se llenan de lágrimas —nada, ni bien se enteró decidió volver a Italia, alegando que la paternidad no es algo que estuviera en sus planes.

—Esto está... mal —mi frente duele, cierro los ojos y las lágrimas brotan nuevamente, esta vez por tristeza, siento pena por mi amigo, pena por ese bebé no deseado y pena por mí... nuevamente la vida me daba una cachetada de realidad —no deberías de hacerte cargo de algo tan grande Sam, eres joven, ya podrás ser padre más adelante —pero Samuel sonríe con tristeza, su sonrisa no llega a sus ojos, cuando la noticia que menos esperaba llega a mí.

—Soy estéril Susan... bueno, no totalmente estéril, pero la probabilidad de que pueda engendrar un hijo es muy baja, de un cinco a diez por ciento, claro que cuando me enteré de la noticia poco me preocupó, verás, yo solo tenía catorce años, y la idea de ser padre no entraba en mis planes.

—¿Cómo dices? —y es que no puedo creer lo que mis oídos oyen, a lo que con la calma que lo caracteriza, mi amigo profundiza algo más.

—Verás... a los catorce años de edad, padecí una enfermedad de la que me curé sin problemas, salvo que a un cierto número de hombres, como efecto secundario puede afectar su

posibilidad de procrear... bueno, yo soy uno de esos hombres, y si a eso le sumamos que el padre de Clara es un militar simpático pero muy estricto, quien obviamente ignora la promiscuidad de su hija al tener sexo con sus dos amigos, digamos que el resultado no puede ser otro.

—Lo lamento mucho —apoyo mi mano sobre la rodilla de mi amigo, y él apoya la suya sobre la mía.

—Te amo Susan —suspira.

—*Yo también Sam.*

Ahhh.... Sí, sí dame más, por favor no te detengas.

¿Quieres esto picarona?

¡Sí, toda, métela ya!

Tomá chiquita.

Ahhhh...

Cubro mi cabeza con la almohada, con furia intento dormir, pero con mi nuevo vecino, y la gata en celo que tiene como compañía esa tarea será complicada. Por la cercanía de los gritos y gemidos, intuyo que el respaldo de su cama da directo al mío, y teniendo en cuenta en que recién es media noche, tampoco deberían sentirse tan mal, pero desde la noticia de la boda de mi mejor amigo con Clara, sumado a que me encuentro con licencia médica por mi accidente, me he convertido en una amargada abuela de dos mil años de edad.

Golpeo la pared de yeso que separa mi departamento del limítrofe, pero solo escucho risas, además de los gemidos.

—¡Pueden parar de hacer eso malditos cochinos!

—¡Silencio loca! —grita la chica.

Loca... ¿me ha dicho loca?

De un salto me pongo de pie y abro la puerta del balcón, decidida a interrumpir el encuentro sexual de mis vecinos salgo y camino hasta el extremo de mi terraza, justo donde empieza la de ellos.

—Loca eres tú que gritas como una animal, por favor, la próxima alquila un hotel para tirar un polvo, o coloca paneles anti ruido en las paredes —chillo como una demente, cuando la luz de la terraza se enciende, y el cuerpo de un hombre completamente desnudo sale por la puerta corrediza —que la tierra se abra y me trague.

—¿Susan? —preguntan —por lo que veo te encuentras mejor.

—¿Max? —oh mierda.

Capítulo 2 – *Matrimonio fallido Toma 1*

Mi segundo semestre finalizó sobresaliente en comparación al anterior, y la mejora económica de trabajar en Graham & Asociados me otorgó la calma que tanto necesitaba luego de todo el caos de comienzo de año.

Ingresé como pasante en el departamento contable, y aunque mi tarea era tan variada como realizar balances contables, llevar café al desagradable señor Miller y hacer recados, me sentía feliz y agradecida. .

Fue toda una sorpresa descubrir que mi puesto de trabajo, es el mismo que dejó mi amigo tiempo atrás, ya que cuando se graduó, pasó a ocupar el directorio junto a su padre, pero anteriormente realizó prácticas en cada una de las áreas de la compañía, y aunque no era un edificio muy grande, Samuel Graham, único heredero al trono preparó café, hizo de cadete, se encargó de realizar trámites con la compañía de seguros y también tareas administrativas en el departamento de recursos humanos.

—Buenos días señor Miller.

—Café negro con tres terrones de azúcar Sara —responde el gerente financiero, mientras groseramente ignora mi saludo una vez más.

—Es Susan señor Mi... —pero de un portazo me hace saber que conocer mi nombre no es una de sus prioridades.

—En la pequeña cocina comienzo a preparar el café, cuando Samuel llega hasta mí y cierra la puerta tras de sí.

—Hola —saluda con una sonrisa de lado.

—Hola —respondo mientras que el brillo de su anillo de compromiso hiere mis ojos por un segundo —¿te puedo ayudar en algo? —comento de forma socarrona, a lo que mi amigo se acerca peligrosamente por mi espalda, y deteniéndose justo a un lado susurra contra mi oído:

—¿Podría pedirle un café señorita Williams?

—Claro que sí señor Graham —sonrío, y aunque la noticia de su boda y futura paternidad me rompió el corazón, decidí por el bien de ambos anteponer nuestra amistad y ser feliz con su felicidad, solo que no se lo ve feliz, y aunque nadie le ha puesto un revolver en el pecho para que se hiciera cargo de un hijo que no le pertenece, como el caballero que es lo hará, y la ilusión de tener un hijo propio hace que el resto valga la pena.

Coloco café en una gran taza, y luego coloco dos cucharaditas de azúcar y un chorro de crema, lo mezclo y se lo entrego. Sam lo huele y cierra los ojos al hacerlo, bebe un sorbo y me pasa la taza antes de recostar su cuerpo contra el mesón de la cocina, imito su gesto y también doy un largo sorbo a su café.

—¿Cómo marchan los preparativos de la boda? —pregunto para romper el tabú.

—Para ser sincero desconozco esa información Susan... —respira hondo y me observa —te extraño mucho.

—Y yo a ti —respondo, aunque juntando coraje agregó —conocí a alguien Sam. La sorpresa en el rostro de mi amigo no se hace esperar, y es claro el momento en que el enojo supera a la sorpresa.

—¿Qué has dicho?

—Que conocí a alguien amigo... a un chico, bueno no tan chico —sonríó, tú también lo conoces —canturreo cuando Sam comienza con el interrogatorio.

—¿Cuándo? ¿Dónde? Pero,... pero —las palabras no le salen, y para ser sincera disfruto en parte de su malestar.

—Bueno, es mi vecino —sonríó —su nombre es Max, trabaja en el banco de la siguiente manzana y no hace mucho él...

—Espera —me interrumpe y mientras vuelve a tomar la taza de café de mis manos se para frente a mí y gruñe —¿Max el agresor?

—El mismo.

—¿Acaso te has vuelto loca Susan?! —grita como un demente, y temo que alguien del piso escuche nuestra discusión, ya que el silencio a esta hora es grande, son las ocho y media, aún la bolsa de valores no inicia y mi jefe con seguridad va a escuchar todo el caos que se está produciendo en la cocina.

—No Sam... —respondo pausadamente —no me he vuelto loca, ni me ha amenazado ni nada —aclaro mientras muevo mis manos intentando poner énfasis en mi punto de vista —solo somos una mujer y un hombre, que se gustan y que una noche decidieron pedir comida Tailandesa y luego...

Sam achina sus ojos con furia —¿Y luego qué Susan?

—Pasó.

—Luego pasó —repite mientras eleva sus bellos ojos al techo, los cierra para presionar el tabique de su nariz con sus dedos —¡luego tú y el imbécil que casi te mató se revolcaron! ¿Eso es lo que intentas decir? —grita.

—¡No me grites Samuel Graham!

De pronto la puerta se abre y el señor Miller ingresa con cara de pocos amigos.

—¡Sara! —grita —¿dónde se encuentra mi café?

—Yo... —las palabras no me salen —lo lamento, giro y con manos temblorosas tomo una taza, y comienzo a colocar café en ella.

—Susan —gruñe por lo bajo Sam.

—¿Qué has dicho Samuel? —pregunta mi jefe al hijo de su jefe.

—*¡Su nombre es Susan!* —grita como un demente mi amigo... más que amigo, lo que sea —*no Sara, ni Sindy ni Sofi ¡y ya deberías saberlo!*

—Yo... —Miller tartamudea —lo lamento.

Sam aplaude lentamente y caminando directo hasta mi jefe, lo observa de cerca, tanto que Miller debe de elevar su rostro para encontrar su mirada.

—*Espero sea más atento y educado en el futuro* —agrega antes de voltear y salir bruscamente de la cocina.

—Su café señor Miller —entrego la taza a mi jefe, quien aún algo sorprendido responde: —gracias Susan.

Sonrío —Un placer señor Miller.

El tiempo pasó demasiado rápido para mi gusto, tanto que solo dos días nos separan de la boda de mi amigo, hoy es jueves, y para mi pesar, el sábado al mediodía, en la casa de Samuel se celebrará la unión, al salir de la empresa Max pasa a buscarme como se había hecho habitual en nosotros, solo que esta noche no sería una cualquiera, hoy no pasaríamos juntos, no pediríamos comida, ni haríamos el amor hasta tarde, claro que no, ya que los novios tendrán su despedida de solteros y yo, como futura dama de honor debí organizar cada detalle de la despedida de la novia junto a sus hermanas y aunque Max no es del agrado de mi amigo, fue invitado a participar su noche de chicos por respeto a mí.

Como feliz dama de honor me encargué de reservar un exclusivo salón en un restaurante que se encuentra de moda, compré cotillón y disfraces para las presentes y regalos varios para ser usados en la noche de boda, y aunque no podía imaginar a Clara y Sam juntos en su luna de miel lo hice, por mi amigo, por el futuro bebé... por ambos lo hice, e intenté cumplir con mi deber lo mejor posible.

Tal como la novia solicitó, todas vestiríamos polleras tutú de color blanco, una pequeña blusa y alas de ángel, mientras ella vestiría lo mismo en rojo, y luciría unos picaros cuernos de diablilla, coloco mi disfraz, y mientras Max toma una ducha, yo me acomodo en medio de mi cama y comienzo a maquillarme, y si bien no convivimos, la cercanía de nuestros departamentos hace que el permanecer lejos el uno del otro sea más difícil que viviendo a kilómetros de distancia.

—Estaba pensando —comenta Max desde el baño —que no tiene mucho sentido todo esto —dejo la brocha con la que me estaba aplicando sombra de ojos en el aire y expectante aguardo.

«*¿Quiere terminar la relación?*»

¿Por qué ahora?

Justo en el peor momento, cuando Max era el salvavidas que tanto necesitaba para mantenerme cuerda mientras mi mejor amigo y posiblemente primer amor, contrae matrimonio con alguien a quien supuestamente no ama *¿justo ahora?*

—Pero *¿por qué?* —pregunto —pensé que tú y yo nos llevábamos bien —me pongo de pie

—no es que esté pensando en boda, niños, perro... ¡no! Pero, pero yo... —tartamudeo —no entiendo... —comienzo a caminar de un lado al otro como un león enjaulado, hasta que finalmente tomo coraje y dejo salir el primer pensamiento que vino a mi mente cuando Max propuso que dejáramos —¿hay alguien Max? ¿Es por eso que quieres cortar conmigo?

Max sale del baño, envuelto en una ola de vapor, mientras termina de envolver una toalla en su cintura y me observa con cara de preocupación.

—Susan, cariño —responde pausadamente mientras me analiza como si de repente me hubiera convertido en una demente —jamás se me pasó por la cabeza terminar con nuestra relación.

—¿No? —tomo asiento nuevamente en la cama y con vergüenza observo como el hermoso hombre que quiero mucho llega hasta mí.

Toma mi rostro tiernamente con una de sus manos.

—En realidad es lo opuesto —sonríe —pensaba proponerte —carraspea buscando la mejor forma de decir... —que tú y yo vivamos juntos —sonríe —aunque fue solo una idea, soy consciente que nos conocemos desde hace poco y probablemente tus estudios sean la prioridad y no un noviazgo de veinticuatro horas.

Con una sonrisa en los labios me pongo de pie y mientras tomo su rostro entre mis manos, con mis labios posados justo sobre los suyos murmuro: —Eso sería muy agradable.

—¿Agradable? —repite con el ceño fruncido mientras su alborotada cabellera negra deja caer pequeñas gotitas que se deslizan por su frente —agradable es el acondicionador de manzana que acabo de usar, o la textura de mis sábanas recién planchadas... pero que vivamos juntos Susan, ¡será la mejor experiencia que tendrás en la vida mujer! —sonríe, Max es demasiado perfecto para mí.

En la cena con las chicas bebemos tanta champagne como nuestro cuerpo nos permite, dejando de lado a Clara, quien bebe zumos, mientras ostenta una incipiente barriguita la que observo melancólica cada vez que la tengo frente a mí, realizamos algunos juegos picantes, comemos demasiados postres, y entregamos regalitos a la novia para que use en su noche de bodas, y aunque he intentado no pensar en ese “detalle” ya que imaginar a la bella clara con las diminutas tangas y ligeros que le fueron regalado en brazos de Sam, hace que mi apetito se corte de golpe, y mi felicidad sea remplazada por náuseas... pero en fin, hay veces en que se gana y otras en que nos toca perder, y aunque lo mío con Samuel Graham nunca pudo ser definido como “noviazgo” nuestra cercanía lo convirtió en parte fundamental de mi vida, y aunque no vivirá muy lejos de casa, siento que lo perdí y que nada volverá a ser como antes.

Antes de finalizar la noche y marcharme me dirijo al baño y aprovecho el momento para llamar a Max y ver como se encuentra el hombre del cual debo enamorarme junto al que amo.

—Hola reina —saluda mientras el bullicio que escucho de fondo me indica que la fiesta de

los muchachos continúa.

—Hola tú —respondo —y... ¿cómo marcha todo por allí?

—Oh cariño, bien, ¡aunque el novio preferiría estar en cualquier otro sitio! —ríe con diversión lo que me hace pensar... si Samuel remotamente se encuentra sintiendo lo mismo que yo.

—Bueno, quizás se encuentra cansado —intento excusarlo.

—O arrepentido —agrega —creo que tu amigo no se encuentra enamorado de Clara, además hace rato que no lo vemos, creo que el bastardo se marchó —vuelve a reír y yo comienzo a tener taquicardia —en fin amor, terminaré de cenar y volveré a casa en un par de horas.

—Max, te veré mañana —respondo, mientras me despido y cuelgo el teléfono a la vez, salgo y en cuanto lo hago veo que el grupo comienza a marcharse lentamente, aliviada de que finalmente todo haya terminado tomo mi bolso y detengo un taxi.

Al llegar subo a mi departamento, aunque al entrar noto que la puerta se encuentra levemente abierta, tranquila de que seguramente Max haya llegado antes que yo ingreso, cierro y elimino mis zapatos a la vez.

—Ya llegueé —canturreo cuando la luz del dormitorio encendida confirma mi hipótesis —¿regresaste antes de lo previsto? —agrego —¿pudieron encontrar al novio —sonríe sin ganas, cuando un gélido “no” se escucha detrás de mi espalda.

Volteo.

Samuel se encuentra con los tres primeros botones de su camisa desprendidos, el pelo más alborotado que nunca y cara de pocos amigos.

—No puedo con esto Susan, yo... yo —camina hasta mí y como un pequeño e indefenso niño asustadizo se lanza de rodillas a mis pies y rodea mis piernas con sus fuertes brazos —no puedo con esto amor, no me casaré con ella.

—Samuel —separo un poco su cuerpo del mío y con ternura tomo su rostro entre mis manos —no puedes hacer eso cariño —Sam lentamente se pone de pie y me besa con furia silenciando de golpe mi argumento.

—No puedo casarme con Clara, cuando a quien quiero —besa mi mentón —deseo —besa mi cuello —y amo —observa mi rostro con seriedad —eres tú.

Una lágrima comienza a deslizarse por mi rostro, luego otra y varias más, me alejo algunos metros de él.

—Samuel no hagas esto por favor, no ahora, no cuando ya tenía la situación controlada, cuando tengo un novio que me ama y protege, cuando el duelo de perderte comenzaba a doler menos... ¡no ahora! —grito mientras empujo su robusto cuerpo de mi lado, elevo mi dedo índice —tú Samuel Graham te comprometiste, y tú querido amigo, eres un caballero, y los caballeros no

rompen promesas ni dejan mujeres abandonadas en el altar.

—Susan debes entender... ¡No la amo!

—¿Y ella a ti? —pregunto con la pequeña esperanza de que la respuesta sea “no”, solo que me equivoco, ya que mi amigo baja la mirada al piso y entre lágrimas responde:

—Sí Susan, ella me quiere desde hace tiempo, pero ¿qué pasará contigo? —de una zancada llega hasta mí y en un limpio movimiento me toma en brazos y levanta mi cuerpo hasta dejarme sentada sobre el tocador —no quiero perderte.

—No me perderás —chillo mientras intento cerrar mis piernas, las que se encuentran rodeando la cintura de mi amigo.

—Prométeme que siempre estarás...

Respiro hondo y suspiro antes de responder:

—*Te lo prometo.*

Desde ese momento, en el solitario silencio de mi baño y mientras hacíamos el amor una vez más, fue que Samuel Graham y yo, pactamos ser amantes.

Un catorce de mayo fui dama de honor en la boda de Clara y Samuel y

Junto a Max brindamos por los novios, aplaudimos cuando cortaron el pastel y bailamos acaramelados durante toda la fiesta. Casi parecíamos ser una pareja feliz en la boda de sus amigos... casi, porque si bien la coraza que comenzaba a formarse en mi exterior me permitía sonreír y decir lo correcto en el momento debido, el dolor era desgarrador.

Un pequeño y furtivo beso de despedida en su dormitorio de soltero antes de marcharme me hizo dudar de todo nuevamente, los recuerdos, los momentos vividos allí mismo, en su recámara, el lugar donde hicimos el amor por primera vez, dónde compartimos películas, charlas de política, risas y algo más.

—Adiós —dije con una forzada media sonrisa en el rostro —él ya no me pertenece «*nunca te perteneció*» remató cruel pero acertadamente mi consciencia —te veré en la oficina luego de la luna de miel.

—Adiós cariño —respondió mientras introducía las manos dentro de los bolsillos de su pantalón y sonreía con melancolía.



Seis meses más tarde...

Quiero el informe de la cuenta Richmond sobre mi escritorio en menos de una hora Mario, o te juro que tu culo saldrá disparado de esta empresa.

Hoy me encuentro estresado y de mal humor, la bolsa de valores amaneció con números nada favorables para nuestros inversores, y la presión que siento, sumada a mi inminente paternidad me traen mal.

Muy mal... es como su una maldita nube gris me siguiera lanzando rayos sobre mí desde la mañana.

Clara se encuentra con su embarazo a término, cosa que la lleva a encontrarse más demandante y caprichosa que nunca, a media noche se le antojó comer helado de limón «uno de los pocos sabores que no había en la nevera» por lo que tuve que salir en busca del maldito helado, pero oh sorpresa la mía, fue que al llegar a casa nuevamente, la encontrara comiendo pizza y con una sonrisa burlona indicar que ya no le apetecía el puto helado, calculo que desde este momento odiaré el helado de limón por un largo tiempo. Sus pies se inflamaron como era de esperar, lo que la lleva a quejarse a cada minuto, con la inminente llegada del bebé, Nelly «su madre» se ha mudado a casa, y por más que considero a la mujer como una segunda madre, me siento un visitante en mi propia hogar.

Llamo a mi primo Ricardo para ver cómo se encuentra y de paso invitarlo a jugar baloncesto e ir por unos tragos a la salida del trabajo, hoy deseo y anhelo mi vida de antes, mi independencia, la libertad de beber una cerveza cuando me plazca, viajar con amigos y ver a la mujer que amo cada vez que nos apetezca.

—Primo —responde Ricardo al segundo timbrazo —¿ya soy tío? —agrega, cosa que me enternece y hace sonreír.

—Aún no primo —observo los rascacielos, hoy el sol brilla, me encuentro a punto de ser padre cuando en el pasado esa idea se veía demasiado lejana, tengo un padre cariñoso que me ama y cuida mi espalda en todo momento, la empresa prospera y los dólares entran a mi cuenta bancaria como gotas de lluvia en un balde olvidado en medio de la tormenta, pero de todas formas me encuentro melancólico, cosa que no debería pasarme, bueno, no al menos a mi edad. Conozco la causa de mi bajón, una causa con nombre y apellido, una causa de metro sesenta y nueve de alto, que fuma y come chocolates cuando se encuentra estresada, que odia el pescado y ama las películas románticas, la música Celta y el café negro, una razón que mueve mi suelo cada vez que pasa junto a mí con su curvilíneo cuerpo y su cabellera de vikinga al viento, pero no la puedo arrastrar al fondo del precipicio en que me encuentro, ella merece más que de lo que puedo ofrecerle.

Finalmente Susan se comprometió con el pelele de Max, y si bien el tipo me cae mal, nunca pude haber pensado en alguien mejor para encargarse del cuidado de una de las personas más importantes de mi vida. El tipo es empalagosamente fiel, respetuoso, la ama casi tanto como yo y la cuida como el tesoro que es, su boda será en dos meses, pensar en Susan casada simplemente me causa gastritis, siempre imaginé que algún día lo haría, pero yo era el tipo de traje que esperaba por ella de pie en el altar y no Max.

¡Puto Max!

Pero quien puede culparlo, cuando me comporté como un estúpido y dejé ir a Susan como mujer, para conservar a la Susan amiga, soy un estúpido y fiel caballero, que tomó la decisión “correcta” en lugar de dejarse llevar por la pasión, por el fuego que siento cuando estamos juntos, por el más tierno amor.

En fin... la llegada de Derek al mundo puede describirse como el mejor momento que compartimos con Clara en nuestra relación, y aunque el pequeño no comparte mis genes, es la cosa más hermosa que me pasó en la vida, Derek es una tarde soleada luego de la tormenta.

—Tres kilos y medio y cincuenta y dos centímetros —respondo emocionado.

—Es perfecto —comenta Susan al ver al pequeño bebé de tez blanca y cabellera oscura dormir en la pequeña cuna de la enfermería, sus ojos se llenan de lágrimas y debe aletear varias veces sus pestañas para limpiar su vista, luego voltea, sus ojos se encuentran con los míos —te felicito Sam —sonríe de lado y puedo intuir que ambos estamos pensando lo mismo.

—Ese bebé podría haber sido...

—¡No! —responde cortante —no lo digas por favor... ese bebé es único, y tenía que llegar al mundo de la forma que lo hizo.

Sin poder controlarme tomo a Susan en brazos —¡Me vuelves loco!... y perdona si alguna vez las cosas se me van de las manos, o si mis comentarios pueden ser impropios, pero me vuelves loco maldita vikinga, no me dejas dormir, comer o hacer el amor con mi esposa sin que tú, maldita hechicera me visites en cada instante.

Susan se retuerce en mis brazos en busca de libertad.

—¡Basta Sam! —su llanto me frena —basta por favor —me empuja y mientras observa a nuestro alrededor se aleja sujetando su cabeza con ambas manos, pero cuando creo que se marchará, voltea y dando grandes zancadas con sus altísimos zapatos de tacón llega hasta mí y tomando mi rostro entre sus manos me besa. .

Un beso intenso, inapropiado, deseoso de más, un beso que no necesita palabra alguna para describir su significado.

Susan siente lo mismo que yo.

Capítulo 3 – *No para de llover.*

Llueve y aunque son las nueve de la mañana el día se encuentra tan oscuro como mi alma, y a pesar de que mi paternidad ha domado a la fiera interna que habita desde hace algunos meses en mi interior, admito que no lo suficiente.

—Samuel —papá capta mi atención mientras bebe un trago de su taza de café —¿dónde se encuentra tu cabeza hijo mío en estos momentos?

—Aquí —miento, a lo que mi padre deja escapar una gran risotada.

—Creo que mentir no es lo tuyo Samuel —mi padre desliza sus dedos por su barba y luego retira sus anteojos para depositarlos sobre la mesa, yo enciendo un cigarrillo para distraer la atención de mi progenitor con el vicio que tanto odia. Mientras aguardamos a los ejecutivos para comenzar la junta el silencio de la sala, junto a la sabia mirada de mi padre me pone nervioso.

Papá se pone de pie y con calma camina hasta el gran ventanal fijando su vista en la nada.

—Debes limpiar tu interior hijo mío para sanar tu alma, de lo contrario no podrás ser plenamente feliz... acabas de ser padre, no hace mucho tiempo desposaste a una bella mujer, tienes amigos y familia que te aman, dinero, un hogar, varios coches... ¿qué mal te aflige Samuel?

—No estoy enamorado de Clara, pero amo a Derek, soy infeliz viviendo un matrimonio que es una farsa, y me emociona más un partido de fútbol que tener sexo con mi esposa... a diario veo a la mujer que amo, y el tenerla tan cerca y lejos a la vez me mata por dentro, me siento un estúpido por haber asumido una responsabilidad que no debía, aunque —doy una pitada a mi cigarrillo antes que mi padre lo arrebate de mis manos y lo apague en el primer cenicero que encuentra —aunque —retomo —mi hijo hace que todo valga la pena.

—Hacer, decir y sentir debería ser un todo, aunque muchas veces las tres cosas no van de la mano, haces algo que no sientes, dices algo que no quieres y sientes cosas que no puedes decir —con un movimiento de cabeza indico que aunque lo que mi padre intenta decir suene a trabalenguas, coincido con su punto de vista.

—Es Susan papá.

—Lo sé Sam... —abro grande mis ojos y él sonrío —¡siempre lo supe hijo! desde que esa niña vino a nuestra casa por primera vez, vi lo protector que fuiste con ella cuando su madre murió, sus miradas, sus intensas conversaciones, y en mucho veo reflejado lo que en algún momento tuvimos con tu madre.

—No la quiero perder papá, no puedo permitirme eso, porque algún día, cuando Derek crezca, quizás ella y yo...

—Shh... —mi padre apoya una de sus manos en mi hombro —el tiempo será el encargado de poner cada cosa en su lugar.

—Ella se casará con otro hombre.

—Lo sé, también fui invitado ¿lo recuerdas?

Me pongo de pie y camino hasta el ventanal, el bullicio que lentamente comienza a llegar desde el exterior indica que la junta comenzará en breve, y mi mente solo puede pensar en una cosa.

—Gracias —observo la calma que mi progenitor inspira.

Mi padre sonrío y mientras pasa su brazo por mis hombros camina junto a mí hasta la puerta.

—Hora del show —señala mientras su porte cambia, y el padre cariñoso y protector pasa a ser el director de Graham & Asociados y se encuentra listo para encarar a los toros y osos de Wall Street con fuerza.

A la hora del almuerzo bajo con prisa hasta donde mi chofer aguarda tal como le indiqué, y como el fiel colaborador que es, el ramo de rosas amarillas se encuentra sobre el asiento trasero, minutos más tarde lo hace Susan, sube furtivamente a la parte trasera de mi limusina con una pícaro sonrisa estampada en sus labios.

—Hola —saludo aliviado de tenerla luego de sus vacaciones, sé que no fueron muchos días los que pasamos sin vernos, pero cinco días son suficientes para agendar *no permitir* periodos de licencia mayores a una semana «*bueno, al menos no para ella*»

Susan me da un casto beso sobre mis labios llevada por la intimidad que los vidrios polarizados de mi coche otorga y sonrío al ver el detalle que tengo para ella.

—Hola —responde —moría de ganas de verte —agrega mientras yo la observo embobado, un mechón de su rubia cabellera cae despreocupadamente por su frente, a lo que sin poder evitarlo, con mi mano lo recojo y lo coloco detrás de su oreja.

—Yo también cariño —tomo una de sus manos entre las mías y beso sus nudillos —¿hambrienta? —Susan sonrío con maldad al entender el doble sentido de mi pregunta.

—Bastante, pero antes debo contarte algo.

—Soy todo oídos —respondo mientras indico a Pedro «mi chofer» que ponga en marcha el auto rumbo al restaurante en el que acostumbro almorzar.

—Me casé.

—Te casarás —corrijo —y sí cariño... lamentablemente estoy al tanto de ello.

—No Sam —interrumpe —Max y yo nos casamos en Las Vegas hace dos días.

—¿¡Qué?! —de golpe suelta su mano y repentinamente el oxígeno parece disminuir de golpe dentro del coche —repite lo que has dicho Susan.

—Samuel —su tono es seco —dije, que Max «mi novio» —agrega cruelmente —y yo nos casamos en Las Vegas hace dos días.

—¿Por qué no me enteré?

—Te estás enterando en este momento “*cariño*” —agrega de forma burlona usando el mote

que ella tanto odia —la fiesta sigue en pie, solo que esa noche bebimos vino, bailamos a la luz de la luna y luego nos pareció romántico casarnos furtivamente —sonríe —sus padres y su hermana ya lo saben —y no te preocupes que tú serás el padrino en la ceremonia que haremos el día de la fiesta.

—Sabes que eres mía aunque estés con él.

—Ya no —responde con soberbia.

—¿Ya no? —elevo mi rostro intentando mantener el decoro, pero no lo logro, ya que arbitrariamente cambio el trayecto del coche —así que “ya no” Susan Williams.

—Futura señora Smith —responde con diversión.

—¿Y tomarás su apellido?!

—Aham.

—¿Debes ser una broma! —grito —¿debe ser una maldita broma anticipada del día de los inocentes Susan! Llegas luego de unas “*mini vacaciones*” como las llamaste, con la maravillosa noticia de que contrajiste matrimonio en una capilla mediocre en Las Vegas como si fueras una prostituta desesperada en busca de un sponsor —y admito que el ardor que siento en el rostro luego de su cachetazo es merecido, aunque admito me enfurece más de lo que ya me encuentro.

—Detén el auto Pedro —ordena Susan a punto de lanzar rayos laser por sus ojos, mientras que con una mano avienta lejos el ramo de flores y con la otra aferra la puerta, indicando que el auto debe detenerse sí o sí.

—Bloquea las puertas Pedro y sigue el rumbo.

—Samuel no te atrevas —amenaza Susan con su dedo índice en alto, a lo que de golpe el brillo de su anillo de bodas capta mi atención, y la puntada de celos en medio de mi pecho duele demasiado, tanto que sin poder evitarlo, de golpe tomo su mano entre las mías y sin que Susan pueda intuir lo que estoy a punto de hacer deslizo el gran y costoso anillo por su dedo, y acto seguido lo lanzo por fuera de la ventanilla del coche.

Sus ojos abiertos a más no poder por el asombro, y el que se lanzara con furia sobre mí fue un todo que aunque era de esperar me tomo de sorpresa, Susan se aferra con fuerza al nudo de mi corbata, tanto así que por un minuto puedo pensar que este será mi final.

—Señor ¿desea que detenga el coche? —pregunta discretamente Don Pedro, el hombre es el ser más reservado y con más ética que conozco, pero su tono denota preocupación, en medio del forcejeo, ahogado por el amarre de mi corbata indico que no se detenga, y tomando sus manos entre las mías y con algo de fuerza las coloco por detrás de su espalda.

—Pedro sube el cristal, creo que por aquí necesitamos algo de privacidad —agrego con malicia.

—Sí señor Graham —responde —¿aún nos dirigimos a...?

—Así es —interrumpo algo cortante, mientras mi respiración cambia de la agitación tras el

forcejeo a la de excitación de tener el cuerpo de la mujer que amo a horcajadas sobre mí. El cristal a prueba de sonidos que separa la parte delantera del coche de la trasera nos deja finalmente a solas...

—Samuel, no te atrevas —es lo único que logra pronunciar Susan cuando suelto sus manos para abrir de golpe su camisa, varios botones saltan y poco me importa que no podamos volver a la oficina en este estado, el pecho de Susan desborda su sostén blanco y frente a mis ojos sube y baja agitado, mi boca se hace agua, bajo una de sus copas e introduzco uno de sus rosados pezones en mi boca, mientras que con ambas manos subo su falda hasta su cintura, velozmente desprendo mi cinturón, bajo mi bragueta y muevo su tanga a un lado, mi pene se introduce de una vez dentro de ella, y por el largo gemido que libera puedo intuir que deseaba y necesitaba esto tanto como yo.

—Eres un desgraciado —recita mientras toma mi cabello con ambas manos y cabalga lentamente sobre mí, dejo caer mi cabeza hacia atrás y mientras tomo su trasero con ambas manos, siento cuando el primer chorro de semen inunda su interior.

—Eres mía aunque estés con él —agrego entre dientes.

—Y tú eres mío aunque estés con ella —responde mi vikinga con su rostro oculto en mi cuello.

—Lo soy cariño... y siempre lo seré —confieso con franqueza, y puedo sentir cuando su cuerpo se contrae llevado por el más hermoso orgasmo.

Horas más tarde salimos del departamento que la empresa tiene para hospedar a inversores del extranjero como si nada hubiera pasado, Pedro se encargó discretamente de conseguir una blusa nueva para Susan y luego de pasar la tarde juntos yo volví a la empresa a culminar cuestiones de última hora mientras que Susan se fue a casa junto a su maridito.

«Puto Max»

Enciendo mi cigarrillo número tres y bebo mi whisky número dos en menos de una hora, la tarde se esfumó y la noche ha caído sobre la ciudad sin apenas haberme dado cuenta. Con pena admito que no me apetece volver a casa junto a mi esposa y mi maravilloso bebé, y es justamente por él que apago el cigarrillo que acabo de encender, coloco mi saco y salgo de la oficina. Pedro tal como le he pedido se ha marchado a casa con su familia, y salvo por los guardias de seguridad, por algún ejecutivo y mi padre soy uno de los últimos en salir.

Toc toc.

—¿Se puede? —golpeo la puerta para captar la atención de mi padre, sus claros ojos se encuentran con los míos y esa sonrisa calma es un bálsamo de paz en el torbellino que tengo por vida.

—Adelante hijo —indica con su mano mientras retiro mi corbata por sobre mi cabeza y mi progenitor hace lo mismo —¿sin ganas de volver a casa? —realizo una mueca con la que es más

que evidente que ha dado en el blanco.

—¿Te apetece venir a casa a cenar conmigo y tu nieto?

—Me encantaría hijo, pero quizás sea mejor que cenes con tu esposa —agrega con humor.

—Dios me libre de eso padre —ambos reímos mientras salimos abrazados. Tal como lo viví desde pequeño, en casa los hombres cocinamos, claro que con la temprana muerte de mi madre, mi padre no tuvo otra opción, en mi caso se debe un cincuenta por ciento a lo que viví de pequeño, y el otro cincuenta a la inutilidad de mi esposa en el arte oculto de la cocina.

Tiempo después...

El día de la boda de Susan y Max llegó más pronto que tarde y con angustia me vi dándole el brazo a la novia más hermosa que hayan visto mis ojos, para llevarla junto a un hombre que no soy yo, y aunque la noche anterior a la celebración la pasamos juntos, no fue suficiente... ¡nada es suficiente con Susan! Porque siempre quiero más.

—Hola —saludo recostado en el marco de la puerta de la habitación donde Susan se alista.

—Hola —sonríe mientras nuestras miradas se cruzan por el espejo de su tocador —adelante —invita con un movimiento de mano, cruzo mis brazos y mientras niego con la cabeza lentamente ingreso al infierno donde el más hermoso y claro ángel aguarda. Sin prisa camino y moviendo la silla que se encuentra a su lado tomo asiento en ella, la joven dama que termina de arreglar su cabello se sonroja cuando me ve, sonrío y yo a ella, es bonita, pero no tiene lo que mi vikinga sí, fuego en la sangre y elegancia al caminar.

—Toma, te traje un obsequio de bodas cariño —susurro mientras entrego el pequeño estuche de terciopelo azul.

—Ohh ¿un regalo? Gracias Sam —responde emocionada, Susan es la persona más especial luego de mi hijo, y con esta unión mi corazón no dejaba de sentir que la perdía más que con mi propia boda, y si bien este no es el primer regalo que le entrego, puede que sea el más significativo para ambos, al abrir la caja, frente a sus ojos aparece un resplandeciente collar de oro, con un gran dije en forma de rosa colgado en ella, sus ojos la observan con emoción y automáticamente se llenan de lágrimas —es hermoso ¿me ayudas? —el brillo de sus ojos, y el tenue color rojizo que tiñe su pequeña nariz me mata de amor. Tomo la caja de entre sus manos, y con un leve roce que imperceptible para la maquilladora acaricio su piel.

Retiro la cadena del estuche y poniéndome de pie por un momento, coloco mi regalo rodeando su elegante cuello y deposito un beso donde el broche queda apoyado contra su piel.

—Bella —susurro sobre su nuca para que solo ella pueda oírme. Vuelvo a ocupar mi lugar en la silla, luego tomo su mano entre las mías y con picardía elevo una de mis cejas al ver su nueva sortija de bodas.

—Bonita, aunque no tan ostentosa como la anterior —mi vikinga sonrío con malicia antes de

responder.

—Sucedo amigo mío, que lamentablemente perdí mi ostentosa sortija de veinte mil dólares, la que amorosamente compró Max cuando nos casamos en Las Vegas.

—Ohh —cubro mi boca con mi mano fingiendo sorpresa.

—Sí “ohh” —Susan imita mi gesto con humor, aunque me odió con todas sus fuerzas en aquella oportunidad, hasta el punto de temer por mi vida.

—Cariño —tomo la mano de la joven que continúa trabajando en el recogido del cabello de Susan —¿nos darías un minuto por favor? Deseo darle algún que otro consejo a esta muchachita —solicito y puedo notar que nuevamente se sonroja antes de disculparse y salir de la habitación.

—Eres un granuja Samuel Graham —reprende con humor.

Beso los nudillos de su mano antes de responder:

—Lo soy cariño —respiro hondo —pero ningún granuja te amará tanto como yo créeme —agrego en el instante en que la puerta se abre de golpe y Max ingresa, encontrándonos así, con nuestras miradas puesta con amor en los ojos del otro, con sus manos entre las mías, y la sonrisa más tonta que alguien puede tener pintada en el rostro. Susan con calma limpia una lágrima que imprudentemente escapó de uno de sus ojos para luego ponerse de pie, y cuando creo que una gran pelea sucederá en la habitación, que Susan dirá que “*nada es lo que parece*” “*que solo somos amigos*” y algunas excusas más, no, ya que soy sorprendido con un reprobatorio:

—¡Máximo! —moviendo su vestido de novia por sobre la silla con decisión Susan camina hasta su esposo molesta —*¿habíamos quedado que no me verías hasta la ceremonia?*

—Sí —Max recula un paso y encuentro sensata su retirada, si hay algo que un hombre jamás debería de experimentar es la furia de Susan Williams —pero yo, yo...

—¡Tú nada Max! —Susan eleva su rostro al techo con frustración —vamos, ¡vete de aquí antes de que me arrepiente! —agrega con irritación, mientras sonrío como solo ella sabe hacerlo y Max cae embobado a su hechizo —bajo en unos minutos.

—Estás hermosa mi amor —*«¿mi amor?» repite mi consciencia... tú deberías ser quien le digas esas cosas estúpido Samuel* —tomando su cintura entre sus manos Max acerca el cuerpo de Susan al suyo y deposita un pequeño beso en sus labios, mis manos se aferran tan fuerte al posa brazos de la silla, que prácticamente este cruje bajo mis garras —te veo en el altar —Susan sonrío y Max sale.

—Por poco —responde con seriedad mientras yo me pongo de pie y camino hasta ella.

—Así es cariño... por poco —con una media sonrisa elevo la pequeña liga de encaje blanco que presenta una delicada rosa azul bordada en ella frente a su rostro.

—Algo prestado, algo viejo y...

—¿Algo azul?

—¿Reconoces esa liga que tienes entre las manos?

Observo el pequeño y delicado trozo de encaje y por más que pienso no logro recordar si alguna vez Susan lo ha usado anteriormente.

—No cariño, no lo reconozco.

Susan molesta arrebata la liga de mi mano, antes de responder el acertijo...

—Es de tu esposa Sam —«mierda» ella eleva una de sus cejas —la usó en su boda, y supuestamente tú te encontrabas en ella —su comentario es ácido y da justo en la herida —calculo que debiste quitarla en tu noche de bodas.

—Pues no lo hice cariño —ahora soy yo quien arrebata la liga y pasando la mano reiteradamente por mi cabellera intento calmar los nefastos recuerdos que aquella noche trae a mi mente —no hubo noche de bodas —admito después de más de un año.

—¿Qué dices? —mi comentario capta su atención.

—Digo —muevo mi rostro hasta que nuestras miradas se cruzan y lentamente me pongo de rodillas frente a ella, no es necesario decir más sobre mis intenciones, ya que el sonido del pasador de la puerta indica que Susan lo captó a la perfección —lo que intento decir Su, es que aquella noche no hice el amor con mi esposa, es más... ni siquiera dormí con ella en la misma cama, con su ayuda levanto el blanco encaje de su vestido de novia, de ese con el que celebrará su enlace con otro hombre y mientras ella apoya sus manos sobre mis hombros, yo comienzo a deslizar la pequeña liga por el largo de su torneada pierna —mi borrachera era tal, que no solo discutimos, también confesé que me encontraba locamente enamorado de otra mujer —en su muslo me detengo y soltando el fino elástico de golpe provocho que ella se sobresalte, seguido de un chistoso “ouch” mientras tanto mi rostro llega hasta su zona más íntima dejo escapar nuevamente... —eres mía aunque estés con el ¿lo sabes?

—Aham... —responde.

—Confesé que amaba a otra mujer en mi noche de bodas ¿puedes créelo? Merezco el infierno —beso su entrepierna, justo donde la seda de su diminuta tanga cubre su pubis —merezco el infierno desde que te conocí vikinga, porque me acompañas cada minuto de mi vida, beso el pliegue que tanto me gusta y deslizando su ropa interior a un lado paso mi lengua por la hendidura de su sexo —me tienes loco y esto no tiene cura mujer... muero por tenerte nuevamente en mi cama, penetrándote como un demente, sujetando tu trasero con mis manos —otro lengüetazo y Susan deja caer su cabeza hacia atrás —mientras te embisto con fuerza y furia, así como te gusta y solo yo sé.

—Basta Sam ¡basta ya! —Susan me empuja y con nerviosismo comienza a reacomodar su ropa interior —me casaré en unos minutos.

De un salto me pongo de pie —No lo hagas por favor —imploro mientras tomo sus manos entre las mías —no te cases, dejaré a Clara, tú a Max y finalmente comenzaremos algo juntos.

—Repito... me casaré en unos minutos con Max, por favor Sam... no lo arruines —suplica

y yo en silencio asiento. De pronto llaman a la puerta y se escucha la voz de la organizadora. Acomodo mi chaleco y abrocho los dos botones de mi saco y con tanta dignidad como mi corazón roto me permite abro la puerta.

—Susan ¿preparada? —la dama sonrío al ver a la novia y yo imito su gesto, Susan asiente y yo tiendo mi mano para ayudarla a salir de la habitación —lo olvidaba, aquí tienes tu ramo de rosas amarillas, tal como lo pediste, con Susan cruzamos una furtiva mirada, sabiendo que ambos estamos pensando en lo mismo —padrino... usted sí que es buen mozo —los ojos de la organizadora de eventos deboran mi cuerpo.

—Él se encuentra casado Mónica —amonesta Susan, mi vikinga es una mujer territorial, y aunque podríamos decir que “me comparte” con mi esposa, que una desconocida se cuele en medio puede ser peligroso.

—No, no tranquila, sólo fue un alago —se sonroja.

Agradezco con una sonrisa forzada y tendiendo el brazo a la mujer que amo, comenzamos a caminar por el pasillo del lujoso hotel donde será la fiesta.

—Espera —indica Susan mientras frena de golpe, y por un segundo pienso que la remota posibilidad de que esta unión no se lleve a cabo, pero declino esa idea cuando Susan corta una de las rosas de su ramo y me la coloca en el ojal de mi saco —ahora sí... en marcha.



Capítulo 4 – *Canción de Cuna.*

Lo que quiero decir estimados, es que debemos invertir en aquello que conocemos, aquellas cosas que son familiares y de uso cotidiano... Coca Cola, Mercedes Benz... en fin, ¿quién no conoce esos fabulosos coches, o no ha bebido una refrescante Coca una tarde calurosa de verano? ya saben lo que dice el gran inversor Warren Buffet “*jamás invierto en tecnología por el simple hecho de no conocerla*”

—Ejem... —golpeo e ingreso a la sala de juntas donde Samuel mantiene una junta con empresarios accionistas de Graham & Asociados —Sam... ¿puedes salir un momento por favor por favor?

—Susan —pronuncia Sam cuando nuestras miradas se cruzan y no es necesario decir más, para saber que algo no anda bien —ya voy —responde finalmente. Yo cierro y apartándome unos metros de la puerta aguardo a que salga.

Odio ser yo la portadora de malas noticias, odio que Clara «su esposa» madre de su hijo, la mujer que duerme con él todas las noches filtre las cuestiones que puede o no manejar ella misma.

La puerta de la sala se abre de golpe y Samuel sale dando grandes zancadas del lugar, y aunque aún no he pronunciado palabra su expresión denota saber de qué viene la cosa...

—Es tu padre Sam —mi amigo apoya sus manos por sobre su cabeza y con desesperación camina de un lado para el otro como un león enjaulado.

—Por eso no me dejó quedarme con él en el sanatorio Susan —lágrimas, mi amigo da un puñetazo tan fuerte en la pared que no solo el yeso se ve comprometido, sino también su mano cuando las gotas de sangre comienzan a caer en la moqueta, camino hasta él y con cariño lo abraza, permitiendo que mi gran amigo, confidente y amante desahogue la angustia de perder a su padre en mi hombro —anoche se despidió con una sonrisa en el rostro y me pidió que fuera a casa con Derek, que no me preocupara, que esa noche dormiría bien Susan... ¡mierda! —grita —lo tenía planeado, como no podía ser de otra forma, planeo el día que partiría también.

—Seguro lo hizo por tu bien cariño.

—Yo quería que no tuviera miedo amor, quería darle la mano y abrazarlo fuerte cuando diera su último suspiro —llanto —¿por qué? —Sam me abraza con fuerza, mientras los inversionistas uno a uno comienzan a salir de la sala de juntas.

Samuel se aparta de mis brazos, limpia sus lágrimas con el dorso de su mano sana y con la entereza que solo alguien como él puede tener, saluda y acepta los pésames que los hombres más ricos del país ofrecen.

—Vamos —solicito cuando nuevamente nos encontramos solos, y con la ayuda de la señora

Rodríguez «secretaria de Graham padre» limpiamos y vendamos la mano de Samuel para comenzar con los aprontes del funeral.

Poco tuvimos que hacer, ya que Salomón se había encargado de dejar todo en orden para su partida, solicitó que en lugar de velatorio y servicio fúnebre, la familia y amigos íntimos se reunieran a recordar momentos gratos, que escucharan música y comieran rico, en su carta también dejó claro que no estuvieran tristes, ya que finalmente se reencontraría con el amor de su vida y que desde el cielo cuidaría y velaría por el pequeño Derek quien para ese entonces tenía cinco años de edad, y por los futuros nietos que llegarían luego de su partida.

Samuel pasó de ser gerente de finanzas y riesgo de Graham & Asociados a director y número uno de la noche a la mañana, y aunque desde que su padre enfermó estuvo ejerciendo ese papel, nada será igual sin su gran aliado y confidente.

Un mes más tarde, acababa de llegar de unas hermosas vacaciones junto a Max en la playa, donde tomamos sol, hicimos el amor en la piscina privada que teníamos, nadamos, comimos rico y planeamos formar una familia finalmente... luego de ese retiro de paz física y mental fui llamada a la oficina de Sam con urgencia y aunque él mismo se encargó de enviar algún que otro mensaje de texto dejando en claro sus celos, intenté ignorarlo y hacer de las vacaciones con mi esposo algo agradable, sin llevar a la cama cada noche el fantasma de Samuel.

—Susan —mi amigo se encuentra sentado detrás del gran escritorio que ocupó su padre hasta los últimos días, y por su expresión puedo intuir que el tema es complicado —siéntate por favor.

—¿Qué tal tus románticas vacaciones cariño? —agrega sin levantar la mirada del computador con sarcasmo.

—¿Celoso? —respondo con fastidio, porque si hay una persona que nunca debería actuar de esa forma es él, teniendo en cuenta todo lo que tuve que soportar —¿qué sucede Samuel? La señora Rodríguez dijo que me estabas buscando...

Sam finalmente eleva su rostro y sus claros ojos celestes se encuentran con los míos, sonrío de lado, pero su sonrisa no llega a sus ojos, con su mano indica tome asiento frente a él, obedezco, bajo el ruedo de mi vestido y cruzo las piernas sabiendo el factor de distracción que ese simple detalle provoca en mi jefe.

Samuel respira hondo, antes de beber un trago de whisky de su vaso.

—Apenas son las once de la mañana —reprendo —¿ya bebiendo?

—Clara se encuentra embarazada nuevamente.

Digamos que un golpe seco en la boca del estómago, podría ser similar a la sensación que me provocó la noticia que acaba de dar Samuel. Y por más que con Max somos sumamente felices, y el hombre con el que contraje matrimonio puede ser comparado con un lord, porque no solo es sumamente guapo, cariñoso y alegre, también me ama con locura y me respeta como nadie,

Max no es él, no es Samuel Graham, y por más que me ofrezca todo el oro del mundo, diez hijos y todos los caprichos que pueda querer, nunca será suficiente.

—Ohh... ¡Felicidades amigo! —intento fingir una sonrisa aunque no lo logro, y poniéndome de pie lo más rápido que puedo camino hasta él, Samuel hace lo mismo y nos abrazamos con cariño —luego sin poder evitar mi comportamiento cubro mi rostro con ambas manos —eso es muy lindo Sam —aunque las lágrimas que no dejan de deslizarse de mis ojos indican que mis sentimientos son encontrados, Sam me abraza nuevamente, pero esta vez me zafa de su agarre —finalmente el pequeño Derek tendrá un hermanito —me alejo unos pasos de Samuel —¿o hermanita? —Samuel me toma en brazos y dejando que mis lágrimas y maquillaje corrido manche su inmaculada camisa, permite que lllore y lamente la llegada de un nuevo hijo —lo lamento Sam, yo de verdad estoy muy feliz por ti... por ustedes —me corrijo —un bebé siempre es algo bueno.

—No fue buscado cariño... simplemente pasó, y ni bien lo supe sentí la necesidad de contártelo —suspira y me abraza con más fuerza —algún día tendremos uno tú y yo.

Limpio las lágrimas de mi rostro, antes de alejarme varios pasos para lograr pensar con claridad.

—Eso no sucederá —sonríó amargamente—pero la noticia me pone muy feliz por ti —y omito la parte en que se me revuelve el estómago cada vez que los imagino a él y a Clara en la cama, haciendo el amor como cualquier matrimonio, y aunque intento evitar ese pensamiento, la noticia del embarazo solo lo confirma y que Sam diga en todo momento que solo mantiene su matrimonio por Derek es tan solo una patraña, en el fondo creo que él la ama y no dejan de ser una feliz familia de tres y próximamente de cuatro, ya rumbo a la salida, mientras reacomodo mi vestido, con un simple movimiento de mano agrego —si no necesitas nada más vuelvo a la oficina Samuel —el tono molesto de mi voz es notorio, ya que Graham me frena en seco con un “*Alto ahí Susan*”

Obedezco, de espaldas freno y lentamente volteo hasta dar con un molesto Samuel Graham, nuevamente camina hasta mí y deteniéndose prudencialmente a unos dos metros de distancia, agrega...:

—También quería comentarte que a partir del lunes pasarás a ocupar mi antiguo puesto, de ahora en adelante serás la nueva gerente de finanzas y riesgo.

Mis ojos se abren de golpe, porque jamás imaginé llegar a ese lugar, y tampoco es algo que sienta vaya a disfrutar mucho... demasiado estrés, demasiadas responsabilidades y Samuel Graham a una oficina de distancia.

—No me encuentro preparada para asumir esa responsabilidad, y tú más que nadie lo sabe Graham —respondo con furia —no acepto el cambio —respondo pausadamente, intentando evitar una pelea —si te parece bien, continuaré como asesora de mis clientes, ellos me necesitan,

confían en mí y amo mi trabajo.

—Comenzarás el lunes cariño —manifiesta, ignorando completamente mi alegato —y qué bueno que hayamos llegado a un acuerdo tan pronto.

—Pero Samuel... —intento responder, cuando me silencia con un soberbio:

—Quedamos así Susan —toma asiento y nuevamente vuelve a centrar su atención en el ordenador —el viernes el personal de mantenimiento mudará tus pertenencias a mi anterior oficina y el lunes comenzarás.

—Te odio —respondo, mientras volteo con fuerza y camino hasta la puerta en busca de libertad.

—Susan —Sam una vez más capta mi atención, volteo para mirarlo —dale cariños de mi parte a Max y cierra la puerta al salir.

«Maldito Samuel Graham»

—Creo que es una excelente oportunidad —responde Max, cuando a la hora de la cena conversamos sobre el dictador acto de Sam —eres una mujer sumamente inteligente, y no podrás pasar tus días asesorando empresarios sobre inversiones, un puesto de gerente creo que no es algo para despreciar.

—Lo sé —llorisco pero no estoy segura de poder con tanta presión —agrego mientras bebo de mi copa de vino —ese puesto viene acompañado de mayor compromiso, implica ser una empleada 24/7, y habíamos hablado sobre la idea de tener un bebé.

Max se pone de pie y rodea la mesa, luego se inclina junto a mí e introduce un mechón de mi cabello por detrás de mi oreja.

—Y eso haremos hoy mismo si te apetece... no veo la hora de que una pequeña Susy o un pequeño Max revoloteé por nuestro departamento amor —es inevitable no ponerme a llorar con su ternura, no merezco tanto amor, no uno tan puro y leal, uno que me hace sentir basura con cada uno de mis actos de infidelidad, cuando contraí matrimonio con Max mientras me encontraba enamorada de otro hombre, triste realidad que continúa hasta el día de hoy.

—Hagámoslo —respondo y Max me regala la más encantadora sonrisa de lado —vamos cariño, hagamos un bebé —y usando el mote de cariño que Sam utiliza conmigo desde que nos conocemos, vamos a la recámara en busca de una ilusión.

Tres meses más tarde, y a pesar de que asumí la gerencia de riesgo en Graham & Asociados, mi relación con Sam se encuentra más tensa que nunca, y no estoy segura si es por su futura paternidad, por la nueva y curvilínea secretaria de veinte años que contrató para asistirlo, o por el simple hecho que no logro embarazarme y que cada mes, cuando mi periodo llega, una parte de mí muere lentamente.

Son las nueve de la mañana, y mientras bebo mi café, y comienzo a analizar el mercado bursátil del día de ayer, un estruendo en la oficina contigua me sobresalta de tal forma, que

poniéndome de pie de golpe logra derramar mi café sobre mi immaculado vestido beige, que la oficina vecina pertenezca a mi gran amigo/jefe y amor imposible Samuel Graham capta mi atención doblemente.

Por un momento dudo si ir o no, pero un segundo estruendo confirma que lo haga ¡y lo antes posible! dando grandes pasos salgo y sin pedir permiso ingreso en la gran oficina de Sam.

Varios libros sobre el piso y un gran toro de bronce que por lo general decora su escritorio caído en el extremo opuesto son indicios de que un tsunami de ira acaba de pasar por el lugar, y a pesar de que nuestra relación no fue la mejor en el último tiempo, amo a Samuel y todo lo que lo ponga en este estado me afecta.

—¡Vete Susan! —grita ni bien pongo un pie dentro de la oficina —no quiero ver a nadie en este momento y mucho menos a ti —y aunque sus gritos espantan y palabras duelen demasiado, no solo ingreso por completo a su oficina, sino que también cierro la puerta luego de hacerlo.

—¿Qué sucede?

—¡Dije que fuera! —reprende tan fuerte que me hace recular dos pasos —necesito estar solo Susan —y aunque su tono se suaviza en parte, siento que desconozco al imponente hombre que se encuentra frente a mí.

Lentamente camino hasta encontrarme a unos cuarenta centímetros de distancia, y con calma elevo mi brazo, hasta que mi mano derecha se posa justo sobre su corazón, Sam baja la mirada hasta donde su pecho y mi mano se unen y mientras una lágrima escapa de sus hermosos ojos azules, posa su mano derecha sobre la mía, y sujetándola con amor besa mis nudillos.

—Ella perdió al bebé Susan... —admite en voz baja —segunda vez que logro embarazarla y Dios me arrebató esa posibilidad una vez más —Sam me abraza y con fuerza devuelvo el abrazo, intentando arrancar todo el dolor y angustia que se encuentra amarrado a su pecho.

—No sabía que ya había sucedido una vez... —el dolor de su matrimonio junto a Clara, el que con ansias estén intentando agrandar la familia, sumado al dolor que el amor de mi vida se aleje cada día un poco más, agranda la grieta que ya se encuentra en mi corazón —lo lamento mucho Sam —suspiro —lamento el triste momento que están viviendo Clara y tu... ¿ella dónde se encuentra?

—En el sanatorio cariño —responde mientras acaricia mi cabello —se encuentra con Nelly, y yo iré en un momento.

—¿Quieres que pase a buscar a Derek por el instituto?

—Por favor —responde dejando escapar un suspiro sobre mi cuello —él hace que todo valga la pena, de lo contrario ya estaríamos viviendo juntos en alguna isla remota.

—¿Viviendo de la caza, la pesca y la recolección de frutos? —agrego con humor, intentando aunque sea por un instante cambiar el estado de ánimo de mi amigo.

—Desnudos —agrega con picardía —bebiendo champaña de un coco y comiendo langosta

con las manos.

—Acepto —respondo y ambos reímos hasta que el sonido de la puerta abriéndose de golpe nos hace sobresaltar, ambos nos separamos con nerviosismo, aunque al encontrar frente a mis ojos el casto rostro de la nueva secretaria de Sam me tranquilizo... bueno, en parte, porque hay algo de ella que no me gusta, algo que perfectamente podría llamarlo paranoia, instinto femenino o síndrome pre menstrual, pero la morena chica de ojos grandes e inocentes como cervatillo huérfano no me gusta.

—Disculpe señor Graham —sonríe con nerviosismo —pero la señora Clara se encuentra en la línea uno —me observa de refilón y yo entrecierro mis ojos.

—Gracias Mariela —responde Sam mientras rodea el escritorio y levanta la línea uno para hablar con su esposa.

—Voy por Derek Samuel, a la noche pasaré por tu casa para ver cómo se encuentra Clara —entrego como saludo antes de pasar junto a Mariela y detenerme junto a ella —por favor... el señor Graham necesita privacidad —agrego mientras con la mano en el picaporte aguardo a que la borrega salga de la oficina.

—Entiendo señorita Williams.

Freno junto a ella y al ser varios centímetros más alta que la fulana la observo desde arriba con seriedad, alisando las imaginarias arrugas de mi vestido y con una ceja en alto murmuro...

—*Señora Williams* —ella me observa con sorpresa y por su expresión puedo notar que no le gusta mi corrección —ahora vuelva a su puesto de trabajo y cancele todas las reuniones que el señor Graham tiene agendadas para hoy y mañana.

Mariela se marcha sin pronunciar palabra alguna, únicamente asintiendo con un casi imperceptible movimiento de cabeza y aunque sea algo tonto, sobre todo si tenemos en cuenta que Samuel se encuentra casado con Clara desde hace años, pero la pequeña borrega me cae mal, me pone celosa y me llena de inseguridades.

Derek liquida su segundo vaso de jugo de naranja cuando le paso el teléfono para que finalmente hable con su padre y le comuniquen la triste noticia.

—Aham... ¿otra vez papá? —pregunta el niño y desconozco del rumbo que tomó la conversación —entiendo —agrega con pena —dile a mamá que la amo —agrega finalmente antes de pasarme el teléfono nuevamente.

—Dime —agrego sin saber que más necesita comunicarme.

—Gracias cariño —suspira —no sé qué haría sin ti...

—Nada que tú no harías por mí —respondo —hablamos mañana —agrego en el instante en que Max ingresa al departamento y Derek corre a sus brazos.

—Hola tío Max.

—¿Cómo se encuentra mi campeón?

—Mal —Derek se sienta a punto de llorar en el sofá y Max lo hace junto a él —ya no tendré un hermanito.

—Max me observa con cautela, ya que luego de varios meses de no poder embarazarme es un tema algo sensible para mí.

—Bueno campeón... —pasa su brazo sobre sus hombros y atrae su pequeño cuerpo junto a él —ocurre, que muchas veces lo que sucede es lo que conviene... y no siempre es lo que nos hace más feliz, pero por alguna razón ocurrió, y aunque hoy duela...

—Duele mucho tío —agrega el pequeño.

—Bueno, aunque hoy duela mucho —corrige Max —por algo ocurrió, pero seguro que tu ángel de la guarda cuidará de ti y...

—¿Y de mi hermanito? —ambos se miran a los ojos con cariño.

—Cuidará de ti y de tu hermanito Derek, además quiero felicitarte, porque Susan me ha contado que tu primo Nicolai ya sabe decir tu nombre y que eres su persona favorita —el pequeño sonríe satisfecho con la respuesta de mi esposo, y no puedo evitar las lágrimas, y que una tonta sonrisa se forma en mi rostro.

—Sí tío —Derek realiza un gesto muy cómico —él me ama —Max y yo nos ponemos a reír ante el comentario del niño y creo que es el momento indicado de cambiar de tema.

—¿Alguien quiere pizza? —pregunto a mis chicos —porque muero de hambre —”yooo” —exclaman ambos.



Últimamente Susan se encuentra de un pésimo humor y aunque intente no pensar en ello la noto más alejada que nunca, puede que sea paranoia o puede que no, ya que sin querer queriendo descubrí que lleva tiempo buscando un bebé junto a Máximo, y aunque nunca pude pensar en alguien mejor que él para tal tarea, los celos me están matando por dentro. La tos me lleva a buscar aire libre por segunda vez en lo que va de la mañana y mi tercer café se enfría sobre el escritorio, abandoné el deporte desde el momento en que papá murió, y aunque me encuentro con la empresa sobre los hombros, mi sedentarismo solo es una excusa más.

La mañana se encuentra gris y las primeras gotas de lluvia ya salpican los cristales de mi oficina. Respiro hondo e inhalo una bocanada de oxígeno y vuelvo a toser, Clara en varias oportunidades me ha pedido que vea un médico y Susan no se ha quedado atrás, pero tengo demasiado trabajo como para perder el tiempo con los matasanos «pienso» la semana se encuentra con la agenda a tope, tengo varias reuniones importantes en California y otra más en Nevada, exactamente en Las Vegas «la ciudad del pecado» piensa mi subconsciente con maldad y la imagen

de Susan desnuda, envuelta en unas sábanas negras de seda llega hasta mí.

—¡Debemos partir mañana Susan! —gruño por segunda vez y lo reticente de su actitud me enfurece y encapricha aún más, y aunque el invento de que su participación en el viaje a California es imperiosa, no deja de ser una patraña mía para que pasemos tiempo juntos, con la esperanza de que lo nuestro vuelva a ser lo de antes.

—Lo lamento Sam, de veras... —responde mientras no deja de teclear algo en su computador —pero no iré.

Respiro profundo, dejando escapar junto al aire parte de mi enojo, luego introduzco mis manos dentro del bolsillo de mi pantalón y moviendo mi cabeza de un lado al otro hago crujir mi cuello, el estrés al que estoy sometién dome últimamente es inhumano y que el único escape al que puedo aferrarme me sea denegado me frustra.

—No es una invitación Susan —lentamente camino hasta ella y rodeando su escritorio apoyo mi cuerpo en el, Susan sigue sin prestarme atención y por lo que veo en el ordenador continúa elaborando un informe —en California tenemos una reunión con el grupo de Google, y creo que mejor que nadie sabes de la importancia de esa junta cariño.

—¿Cariño? —responde y es exactamente en ese instante en que fija sus ojos en los míos.

—¿Ya no? —agrego con humor, intentando romper el gigantesco témpano de hielo que siento se interpone entre nosotros.

—Desde hace tiempo no —responde cruelmente, mientras se pone de pie y camina hasta el archivo, su respuesta me desconcierta «¿hace tiempo no? Sus palabras duelen, pero la idea de perderla para siempre duele aún más... por lo que decido no profundizar en la razón por la cual “ya no es mi cariño”

De salida freno junto a ella y actuando como jefe y no como hombre que se deja manejar como títere agrego:

—Mariela tiene tu pasaje, si quieres puedo pasar por ti para ir al aeropuerto, de lo contrario nos vemos allí a las ocho, hoy puedes retirarte antes para empacar, serán cuatro días, intenta no traer todo tu guardarropa —y mientras camino hasta la puerta puedo escuchar su protesta, así que con placer y una sonrisa en el rostro abandono la oficina de mi vikinga considerando la “reunión” como empate, ya que molesta es mejor que indiferente.

Como era de esperar Susan se negó a que pasara por ella y faltando treinta minutos para partir, su ausencia comienza a preocuparme, ya llegaron todos los asesores y gerentes que viajarán con nosotros, pero aún no tenemos novedades de Susan Williams por ningún lado.

Mierda Susan mierda.

Y cuando estoy a punto de llamar por teléfono a su casa la veo ingresar con una enorme maleta, su falda tubo negra, amarrada con un pequeño cinturón de charol que combina perfectamente con sus altos zapatos de tacón que me hacen tragar saliva, su cabellera se encuentra

suelta, y por el movimiento de ondas puedo intuir que no hace mucho tiempo tomó una ducha y lavó su cabello, también por sus gafas de sol puestas puedo suponer que debe poseer ojeras de sueño, posiblemente a falta de cafeína, y como el tonto y enamorado caballero que soy, agendo mentalmente comprar un late grande antes de subir al avión.

—Ya era hora —reprendo con una sonrisa pintada en los labios ni bien pasa junto a mí. No responde y continúa directo a despachar su maleta, decido que es buen momento para ir por su café, pregunto si alguien más desea tomar algo, a lo que todos agradecen y declinan mi ofrecimiento, después de todo... ¡soy el puto jefe! y no cualquiera tiene los cojones para pedirme un café.

Entrego el café a Susan, mientras bebo un trago del que compré para mí para no ser tan evidente ante los demás, de que me desvivo por complacer a la hermosa gerente de riesgo.

No agradece, no protesta, ni me observa, simplemente toma el café y finge una sonrisa, mientras llega hasta la fila de embarque y observa su reloj.

Algo que no logro comprender del todo está sucediendo, solo que ¡no puedo saber qué!

El hotel es lujoso y de terminaciones limpias tal como me gusta, nada recargado, nada rococó... despejado, con mucho acero y colores neutros.

Susan se encuentra habitación por medio de la mía y pasado un día cargado de reuniones y luego de una copiosa cena, en donde se centró en hablar con cualquier ser vivo excepto conmigo, se disculpó con los presentes y se marchó a descansar, es por tal razón, que decido que es hora de hablar, en la penumbra de mi habitación, iluminado únicamente con la tenue luz que irradia la lámpara de mi escritorio me siento solo... una vez más.

Apoyo mi vaso de whisky sobre el cristal y sin meditarlo mucho tomo el teléfono.

—Hola —responden al otro lado de la línea al segundo timbrazo.

—¿Cómo se encuentra mi niño grande?

—Papá —grita Derek con alegría —¿qué vas a traerme de regalo?

—Yo también te extraño papi —agrego con humor al ver el único interés de mi retoño, Derek ríe.

—Te extraño papi —retoma —¿qué vas a traerme?

—¿Qué quieres que te lleve? —pregunto para ir al grano, sabiendo de sobra la respuesta.

—Un Tetris —agrega mi pequeño, casi interponiendo sus palabras con las mías.

—¿Otro?

—El anterior se rompió.

—¿Ya Derek?

—Se cayó a la piscina —agrega con vergüenza.

—Puedo imaginar al pequeño Tetris arrastrándose por la casa hasta llegar a la piscina.

—¡No pa! —Derek ríe divertido —fue cuando lo puse en la lancha a batería y...

—Y el perro saltó para atraparlo —completo —Derek, ya estoy enterado de todo, tu madre me lo ha contado.

—Roque sabe nadar papá, pero...

—Pero Tetris no —completo mientras ambos reímos, y a pesar de todo lo caótico que puede ser tener un niño de diez años, mientras lucho con un matrimonio que fracasó antes de iniciarse, no puedo sentir más alegría y orgullo en el pecho... Derek es curioso, empático, alegre y a pesar de ser algo tímido, logra desenvolverse bien en todo lo que emprende, juega fútbol, también tenis y no hace tanto pidió clases de karate, mi niño es un gran deportista y un buen estudiante, así que su pedido me parece algo más que justo —bueno, veremos qué puedo hacer... quizás en la siguiente parada consiga uno para ti.

—¿Nevada?

—Así es campeón... Las Vegas.

—Dicen que allí la gente borracha se casa.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Mamá —responde con inocencia.

—Eso dicen hijo, la gente borracha que se siente atraída suele casarse en Las Vegas... quizás se sienten más valientes aquí y se atreven a pedirle matrimonio a quien aman sin meditarlo tanto —sonríó con pena —¿tu mamá se encuentra?

—No pa, ella salió a cenar con unas amigas.

—Entiendo hijo —y no dejo de pensar que Clara tiene un amorío con alguien más, cosa que me importa menos que poco —te amo pequeño, descansa.

—¡Yo te amo más! —responde antes de finalizar la llamada, dejándome con el auricular en el oído y sin nadie al otro lado de la línea. Sonríó algo melancólico mientras observo la foto de mi pequeño que siempre guardo en mi cartera, su sonrisa, la intensidad de sus ojos café y su cabellera oscura es un recordatorio constante de los genes de mi pequeño, aunque nuestras similitudes a la hora de pensar y actuar me dice que sencillamente padre no es quien engendra, sino quien brinda amor, cría, educa y alimenta el alma.

Luego de saber de mi pequeño voy por ella, por mi rebelde vikinga, por la mujer que pierdo el orgullo, los estribos y en muchas oportunidades la ropa.

Suena varias veces hasta que finalmente, la voz algo ronca de mi vecina de piso se oye desde el otro lado de la línea.

—¿Susan puedes venir?

—Estoy en la cama Samuel —«odio me llame por mi nombre completo» —¿podemos hablar mañana? —pregunta molesta, porque si algo odia mi vikinga en la vida, una es tener hambre, la segunda que la interrumpa cuando está por dormir.

—Perfecto, voy para allí.

—¡No! —protesta antes que yo corte la llamada y me ponga de pie, bebo de una vez el resto de whisky que hay en mi vaso y salgo, camino los dos metros que separan su habitación de la mía, bruscamente golpeo la puerta, y de forma aún más brusca ingreso a la habitación apenas esta se abre y luego la cierro con pasador.

—¿Qué haces Samuel?

—Sam... siempre fui Sam *¿por qué ahora tanta formalidad Vikinga?* —murmuro contra sus labios, mientras mis brazos rodean sin permiso su cintura aproximando su cuerpo al mío —te extraño vikinga.

—Basta Samuel.

—¡No! —grito —¡para ti soy Sam!... el mismo de siempre Vikinga, el que moriría y mataría por ti —agrego mientras nuestros cuerpos cada vez se encuentran más juntos y su bata comienza a deslizarse por uno de sus hombros ante tanto forcejeo.

—Ya no Samuel.

—¿Qué sucede contigo Susan? —me separo de golpe y sin poder entender lo extraño de su comportamiento comienzo a caminar de un lado para el otro, mientras desordeno mi cabello con frustración —creo que merezco saber *¿qué demonios ocurre Susan?!*

Susan lentamente camina hasta el ventanal, el que aún se encuentra con las cortinas abiertas, permitiendo el ingreso de la tenue luz de los edificios vecinos y la vista nocturna de una ciudad que aún no duerme, apoyando sus manos en la cintura noto cuando afloja sus hombros y con la vista perdida en la nada responde...

—*Tú Samuel Graham... tú me pasas* —de repente parece que la fiera que se encontraba aparentemente dormida despierta, y la calma y somnolencia de Susan cambia por furia —*nada más que tú* —desde que llegaste a mi vida fuiste calma y tormenta Samuel —voltea hasta que sus intensos ojos se fijan en los míos —una y otra vez me brindaste amor y luego me lo arrebataste, me diste protección pero no puedo evitar sentirme sola...

—¿Por qué?

Sonríe con pena antes de responder.

—Porque no eres mío Samuel... por ese simple detalle, me juraste amor pero te casaste con alguien más, y aunque soy feliz con lo que tengo, una parte muy dentro de mí añora la vida de Clara.

—Ella es miserable cariño... tiene una vida vacía y sin sentido, eso te lo puedo asegurar —nuevamente camino hasta ella, y recogiendo un mechón de cabello, lo coloco por detrás de su oreja, antes de limpiar una lágrima que lentamente se desliza por su pómulos con mi pulgar, Susan niega con la cabeza.

—Ella te tiene a ti Sam... y tiene un hijo, dos cosas que no tengo y probablemente jamás tendré —la lágrima se transforma en llanto y no puedo hacer más que abrazar con fuerza el

delicado cuerpo de mi Vikinga, intentando con mi agarre remover el dolor que su alma tiene anclado en lo más profundo .

La música instrumental que sonaba de fondo sin que yo me percatara cambia por un sensual tango, que viene como anillo al dedo al momento que estamos viviendo...

*“No sabrás... nunca sabrás
lo que es morir mil veces de ansiedad.
No podrás nunca entender,
lo que es amar y enloquecer.
Tus labios que queman... tus besos que embriagan,
y que torturan mi razón.
Sed... que me hace arder,
y que me enciende el pecho de pasión.
Estás clavada en mí... te siento en el latir,
abrasador de mis sienes.
Te adoro cuando estás y te amo mucho más,
cuando estás lejos de mí”*

—Soy tuyo Susan, desde el maldito día en que vi tu rubia cabellera por primera vez cariño, y soy consciente que fui un estúpido y egoísta patán al casarme con Clara, pero no me arrepiento de Derek, él es luz, él es todo lo bueno que hay en mi vida, claro, además de ti cariño... porque por más que me niegue en creerlo, no dejo de sentir que te perdí.

Susan descansa su rostro en mi cuello y puedo sentir cuando huele la fragancia que ella tanto adora.

Beso su frente, ella cierra los ojos y sus hermosos labios son una tentación a lo prohibido, un maldito recordatorio de que no me pertenece llega a mi mente, pero una vez más ignoro ese contrato que ambos mantenemos con otras personas, y en un arrebato de locura y desesperación fundo mis labios en los de ella, Susan devuelve el beso y como tanto adoro toma mi cabello entre sus manos antes de permitir que mi lengua ingrese en su interior y comience a jugar con la suya.

—Te extraño —murmuro contra sus labios, mientras la fina bata que cubre su cuerpo cae al suelo, dejando al descubierto un pequeño camisón de seda negra que invita a lo prohibido —extraño tu aroma —huelo su cuello —extraño tu cuerpo —indico mientras mis manos se aferran a su trasero y mi pene forma una carpa de campaña en mis pantalones que podría albergar a un batallón.

—Debes marcharte Graham —indica con poca convicción.

—¿O? —redoblo la apuesta.

—O... o... —pero nada coherente sale de su boca, así que teniendo la oportunidad frente a mí decido no desperdiciarla.

—O nada cariño —tomo su trasero entre manos y en un limpio movimiento la subo hasta que sus largas piernas rodean mi cintura, de esa forma camino hasta su cama y sin pedir permiso caemos juntos en las arremolinadas sábanas y no es necesario aclarar, que mi traje quedó más arrugado cuando la pasión llegó una vez más hasta nosotros —eres mía aunque estés con él —repito una vez más mientras elimino el insolente camisón por sobre su cabeza, dejando a la mujer que amo usando únicamente una diminuta tanga en un delicado tono beige.

Nuestras miradas se cruzan finalmente y una vez que me encuentro tendido en la cama, completamente desnudo, con Susan a horcajadas sobre mi cadera pienso que es hora de mandar al demonio todo lo demás, mi matrimonio fallido, el qué dirán, la familia, en fin... todo, bueno, todo menos mi hijo, porque antes de ser amante o esposo soy padre, y mi paternidad es sagrada, lo único que no se toca.

Observo sus pechos redondos y perfectos, su rubia cabellera que cae desordenadamente por sobre sus hombros, su abdomen, lo blanco de su piel, acaricio sus muslos con suavidad, y lentamente voy subiendo mis manos hasta que con ambas rodeo su pequeña cintura...

—Algún día te daré el hijo que tanto deseas —pronuncio cuan profeta desquiciado, a lo que Susan sonríe con pesar, y aunque no hablamos del tema, sé que llevan tiempo intentando encargar un bebé sin éxito, y aquí lo loco de la vida, ambos sin el mágico don de poder dar vida —tú y yo somos la fórmula perfecta cariño —comienzo a subir mis manos por su vientre hasta llegar a sus pechos, Susan deja caer la cabeza hacia atrás, entregada completamente, de forma que sin esperar arrepentimientos por su parte, tomo su pequeña tanga y tirando de ella la hago añicos, y de esa forma, con su sexo completamente desnudo, acaricio su clítoris con mi pulgar haciendo pequeños círculos, y luego me inclino hasta quedar sentado y elevando unos centímetros su cuerpo del mío me introduzco dentro de ella, un gran gemido escapa de su boca, y es lo que necesitaba para voltearnos a ambos hasta quedar sobre ella, observar sus ojos fijamente y comenzar a mover mi cuerpo, subiendo y bajando lentamente su cuerpo, aunque sus uñas clavadas en mi espalda indica que mi Vikinga quiere más, decido aumentar la potencia, embistiendo con pasión su cuerpo una y otra vez, mi miembro se encuentra tan duro que temo explote si no desahogo la presión que llevo acumulada en mi interior desde hace meses, porque si me permiten ser algo insolente... no recuerdo la última vez que cogimos con Susan.

«Mierda Susan Mierda» muerdo mi labio inferior con fuerza, mientras entierro mi rostro en su cuello aguardando por la campana, finalmente todo indica que Susan se encuentra lista para mí, y tomando su trasero con mis manos dejo escapar un gran y caliente chorro de semen en su interior hasta quedar totalmente seco por dentro.

Sudados, con la respiración entrecortada, y el pecho hinchado de amor permanecemos unos segundos tal como quedamos luego de nuestro orgasmo.

—Ojalá te quedes embarazada en este instante Vikinga —gruño sin poder evitarlo contra su

oído, a lo que soy reprendido con un fuerte mordisco en el hombro, cosa que no hace más que encenderme nuevamente, sintiendo como mi polla se endurece dentro de ella, violando de esa forma las leyes de la naturaleza respecto al periodo refractario de los hombres.

Nuestra estadía en California pasó de forma veloz, tanto, que prácticamente llevábamos más de veinte horas sin dormir cuando llegamos al hotel de Las Vegas, la ruidosa y pecaminosa ciudad que al igual que nosotros nunca duerme

Si bien en California logré acercarme a la arisca mujer en que se había convertido Susan, no fue lo suficiente como para que aceptara volver a tener algún tipo de encuentro conmigo los siguientes días. Luego del breve viaje en el avión que Graham & Asociados tiene para trasladar a los accionistas y miembros de la junta directiva... *«uno de los tantos caprichos de mi padre antes de morir»* y luego de hacer los trámites pertinentes, dos grandes camionetas conducidas por mi gente de confianza aguarda por nosotros para llevarnos directo al hotel, en esta oportunidad pasaríamos las dos noches de estadía en el Bellagio, sin mucho tiempo fuimos guiados a nuestras habitaciones, donde sólo tendríamos veinte minutos para poder tomar una ducha y alistarnos con ropa limpia y adecuada para la junta, uno de los empresarios más poderosos del país nos esperaba para cerrar un trato, y teniendo en cuenta que la idea de presentarse a la presidencia de los Estados Unidos rondaba su mente no pude negarme a su invitación de tener una junta en la ciudad del pecado.

Mi habitación era demasiado grande para una sola persona, la cama es enorme, y en la sala, justo delante de la pequeña mesa circular, una hermosa vista de la ciudad se presenta para mi deleite, la cama y la amplitud de la tina me hizo pensar en Susan al instante, quien en esta oportunidad se encuentra hospedada un piso debajo del mío, a mi lado y en un inútil intento de ponerla celosa se halla «Mariel» mi secretaria, y poco más alejado Tom Schwartz «gerente general de la empresa» quién durante el reinado de mi padre supo ganarse el papel de mano izquierda «si tenemos en cuenta que la derecha siempre fui yo» pero que por alguna razón no termino de procesar... Tom es educado, simpático y se encuentra sumamente comprometido con la empresa, y aunque prácticamente tenemos la misma edad, no termino de confiar en él.

Al bajar al lugar de encuentro que habíamos marcado, los choferes se encuentran aguardando a un lado de cada una de las dos camionetas listos para guiarnos a la junta. Desde el hall del hotel puedo ver a varios de los ejecutivos conversando fuera, y para mi fortuna Susan descende del ascensor contiguo segundos después que lo hago yo, sonriente sale y Tom lo hace detrás de ella, para mi desdicha logro ver a la perfección cuando el fulano posiciona sus libidinosos ojos en el trasero de mí mujer... ¡sí mía!

—Susan... —saludo con seriedad.

—Samuel —responde con cortesía mientras camina hasta mí.

—Hola Sam —Tom apoya su mano sobre mi hombro «canalla» pienso, y sin pronunciar

palabra, tan solo observando con molestia la zarpa del gerente le doy a entender que su gesto me parece confianzudo y fuera de lugar, la retira y comenta algo sobre la reunión con Donald que no presto atención.

—Tom —interrumpo algo cortante —lo lamento —agrego mientras observo mi reloj —pero debemos marcharnos ya mismo si queremos llegar a tiempo.

—Claro —responde efusivo, demasiado para mi gusto, y demasiado si tenemos en cuenta el cansancio atrasado y las horas que llevamos sin dormir —y cuando creo tener la situación “controlada” apoya su mano en la espalda baja de mi Vikinga y contra su oído recita:...

—¿Vamos?

¿¡Qué carajo se creó el imbécil de Tom?!

Me llevan los mil demonios y puedo intuir que mi presión arterial debe encontrarse por las nubes. Fulmino con la mirada a Susan, pero la descarada sonrío de lado de forma desafiante... y por un instante pienso que perdió la cordura y no sabe lo que hace, jamás, nunca jamás debe poner a prueba mi prudencia, porque con ella en medio esta no existe, y debo poner de todo mi autocontrol para no tomarla en brazos, besarla salvajemente y gritar a los cuatro vientos que ella es mía y yo suyo, desde hace años, y probablemente para siempre, estemos juntos o no.

Debo soportar cuarenta minutos de viaje con la idea del cretino tocando a Susan... afortunadamente no se sientan juntos dentro de la camioneta, aunque intuyo eran las intenciones de Tom, pero en un inteligente movimiento Susan ocupa su lugar junto a Marian, una de las principales ejecutivas mujeres de la empresa, y persona de confianza de mi Vikinga. Mariel ocupa su lugar junto a mí y puedo ver cuando Susan entrecierra sus ojos con celos.

Admito que ese gesto me complace demasiado, y que por dentro tengo la sonrisa más grande... *«No hagas lo que a ti no te gusta Vikinga» toma, bebe de tu propia medicina cariño.*

La reunión fue un éxito, tanto que fuimos invitados a almorzar a la casa del amo y señor del imperio, almuerzo que disfruté en parte, ya que no podía dejar de mirar y prestar atención a la interacción Susan-Tom, mierda Sam ¡mierda! Y no puedo evitar pensar que tomé una pésima idea al llevar a ambos al viaje.

Una vez en la recámara llamé a casa para ver cómo se hallaba todo por allí, conversé un rato con Derek y como era de esperar mi señora esposa no se encontraba allí, no me preocupó demasiado para ser honesto, y luego de tomar nota mental de todos los regalos que debía llevar como chantaje para que mi hijo me permita viajar en el futuro, fui por ella, pero sorpresivamente el teléfono sonó y sonó varias veces pero nadie respondió, observo la hora y al ver que son pasadas las siete de la tarde, que venimos de días sumamente agitados, sumado a la presión que conlleva cada reunión de esta índole deduje que se encontraría tomando una ducha, o durmiendo, la tentación de compartir un momento con ella fue demasiada, no quiero sexo... no. Quiero caricias, ver una película acurrucados uno en los brazos del otro, pedir servicio a la habitación y

compartir... nada más ni nada menos que eso, *compartir*.

El teléfono de mi recámara suena sacándome por completo de mis ensoñaciones y la emoción que crea ese simple sonido es preocupante.

Al responder descubro que no es Susan quien llama, si no Mariel, la decepción debe de haberse escuchado al otro lado de la línea, ya que mi secretaria se disculpó velozmente y luego con profesionalismo preguntó si necesitaba algo... puede que en su simple pregunta dejara escapar algún tipo de oferta algo más íntima, pero intenté no leer entre líneas.

—Gracias Mariel, pero no necesito nada —respondo con educación.

—Bien señor Graham, entonces lo saludo hasta mañana, si necesita algo puede llamarme al móvil, lo mantendré encendido en todo momento —agrega cuando la curiosidad y sospecha comienza a carcomer mi interior.

Carraspeo y aclaro mi garganta —Disculpe mi intromisión Mariel, pero... ¿usted saldrá sola esta noche?

—Oh no señor, lo haremos en grupo, quedamos de encontrarnos a las ocho para ir a beber unos tragos y luego probar suerte en el casino.

—Entiendo —y no estoy seguro de qué forma formular la pregunta para no ser tan evidente, pero necesito saber ¿quiénes forman “el grupo”? —¿alguna cita con un compañero? —sonríe fingiendo tener sentido del humor, pero no estoy seguro de haberlo conseguido.

—No, no —sonríe con picardía —somos Marian, Susan, Tom, Jack y Alfred —¡carajo! ¿Acaso dijo Tom?

—¿Y... me pregunto si? —debo pasar desapercibido —¿hay lugar para uno más?

—Sería un honor que nos acompañara señor Graham —agrega con rapidez.

—Samuel, por favor, puedes llamarme por mi nombre.

—Bueno —su tono de voz cambia —Samuel, será un honor contar con su compañía.

Si Susan se sorprendió al verme o no jamás lo sabré, simplemente se limitó a conversar animadamente con el grupo y aunque se la veía cansada, mantuvo su despampanante sonrisa todo el tiempo. Lucía un ajustado vestido de un furioso color rojo, botines negros y chaqueta de mezclilla, en su cabello mantenía una coleta alta aunque algo floja, y por lo natural y fresco de su rostro puedo intuir que no pasó mucho tiempo maquillándose.

Tom nuevamente se veía eufórico y activo como si acabara de despertar de una larga siesta y no solo propone ir a cenar, al casino y luego cenar, sino que también propone no dormir, para ver el amanecer desde globos aerostáticos «Demente» Cenamos sushi y bebimos diez botellas de vino, cinco de champagne y una de whisky... demasiado alcohol si tenemos en cuenta que sólo éramos siete personas. Y por la forma en que a muchos de nosotros «me incluyo» se nos dificultaba armar frases coherentes, puedo llegar a la conclusión que lo que comenzó como una simple salida a cenar y vigilar a la Vikinga, va a terminar con una monumental resaca a la mañana

siguiente.

En el casino apostamos quién sabe cuánto dinero, y lanzamos los dados fuera de la mesa en más de una oportunidad, Susan reía con ganas, mientras yo me aprovechaba y envolvía mi brazo en su cintura aludiendo que ella era mi amuleto de suerte... *¿si funcionó?*

¡Claro que sí! Tanto que no mucho tiempo después nos alejamos del grupo sin poner excusa alguna... todos los presentes saben que mantenemos una amistad desde hace años, y aunque es de mi conocimiento que se especulan cosas sobre nosotros dos me tiene sin cuidado.

Del brazo llegamos hasta la ruleta, y colocando todas las fichas que tengo en mano, probablemente unos cinco mil dólares, aproximo mi rostro hasta el cuello de mi Vikinga y contra su oído susurro:... —¿Apuesto que sale el 13 a la primera?

—Te apuesto a que ni de coña —Susan ríe mientras sus bellos ojos brillan —son treinta y ocho números Sam —responde formando mal la oración —amigo mío, eres economista, la probabilidad no está de tu lado.

—¿Entonces apostemos? —la reto, y por un instante me encuentro nuevamente lúcido.

Para mi sorpresa, y teniendo en cuenta lo cauta que suele ser la gerente de riesgo de Graham & Asociados, su respuesta me deja estupefacto.

—¡Hagámoslo!

—Bien cariño... tienes 37 opciones de ganar, y una de perder, digamos que la suerte está de tu lado, *¿dime qué quieres si ganas?*

Susan piensa por un instante y luego de reír con alguna ocurrencia de la que solo ella sabe, responde:

—Si gano, quiero que así como te encuentras, vestido, salgas afuera y saltes a la piscina —«maldita» pienso con humor —¿y si pierdo? —agrega desafiante dando por ganada la partida.

—Si gano yo —doy un paso hasta que la distancia entre nosotros dos es inexistente —salimos de aquí, y nos casamos en la capilla que hay dentro del hotel.

—¿Elvis puede ser nuestro padrino? —solicita con tonillo de borracha.

—Por supuesto cariño —acaricio su culo.

—Entonces acepto.

Con una sonrisa de lado tomo el montón de fichas y los coloco sobre el que muchos consideran número de mala suerte, la ruleta comienza a girar, el tiempo se detiene, nuestras miradas cómplices se encuentran hasta que...

“Negro el trece”

«Joder que gané»

Sus ojos se abren, y lejos de molestarse se pone a reír, luego me desconcierta cuando observa su sensual vestido rojo y agrega:

—*¿Debería usar un vestido blanco?* —su borrachera continúa y la mía también, aunque a

pesar de ese detalle, solo quiero comerla a besos.

—Estás perfecta cariño.

—Creo que necesito —y cuando se frena de golpe, y un brusco movimiento de su pecho me hace pensar que se encuentra a punto de vomitar, continúa... —*algo más sofisticado* —luego eleva sus hombros despreocupadamente y continúa —además algo prestado y algo ashul —no es necesario aclarar que ese “ashul” me derritió por completo.

—*La simpleza es la mayor sofisticación cariño.*

—Pero esh mi bodada —sonríó con ternura —eso no será problema —respondo mientras tomo su mano y literalmente la arrastro hasta la capilla, luego de pagar y completar un formulario, veo a un par de novios salir de la misma, tan borrachos como nosotros, y al ver que la chica usaba un microscópico vestido negro, con el que dejaba al descubierto en su muslo derecho una pequeña liga de color azul, sentí que los planetas estaban alineados y que todo saldría bien... claro que el alcohol era quien tomaba las decisiones en ese momento.

—Disculpen —de pie frente a los recientes marido y mujer, ofrezco cien dólares por la pequeña liga, que seguramente salió de la tienda de dólar, de más está en decir que gustosos aceptaron, y luego de que la chica estampara en mi mejilla un beso con sus labios carmín, continuaron su camino.

—Show time cariño —indico mientras levanto la pequeña tela en alto y Susan se pone a vomitar dentro de un paragüero.



Amanece, la tenue luz de un nuevo amanecer comienza a invadir la habitación.

Desconcertada abro los ojos y aunque lo intento, el intenso dolor de cabeza no me permite ubicarme, para males me encuentro completamente desnuda, y el peso de un brazo rodeando mi cintura me indica que no me encuentro sola «que sea Max... por favor Dios, que se mi marido y no...» una gran mano sujeta mi muñeca de forma protectora, y el tatuaje que decora el mismo, el que muchos desconocen me indica con claridad la identidad del no tan misterioso caballero, además huele de maravillas, huele a él... mis hormonas se despiertan de golpe, y no es necesario ver su rostro para saber de quién se trata.

Volteo de golpe.

Su sonrisa y sus pequeños ojos somnolientos son la cosa más hermosa que veré durante el viaje de “negocios” pero no son los ojos de Max... porque me encuentro completamente desnuda en la cama de Samuel Graham, y en el estado en que se encuentra la habitación, puedo intuir que no sólo hemos dormido.

—No puedo creer que nuevamente caí —tomo asiento en la cama y sujetando mi cabeza con ambas manos niego —que una vez más caí en los brazos de la tentación.

—¿Tan malo fue? —Sam imita mi posición, y por como rasca su rostro intuyo que debe tener incluso más resaca que yo.

—No lo sé Sam, porque no recuerdo nada de nada —llorisco —esto está mal.

—Tampoco recuerdo nada cariño, pero tú y yo juntos, desnudos en una cama, ¿nunca puede salir mal verdad? ¡Vamos Vikinga! vayamos a desayunar, me duele la cabeza y necesito un café.

—Antes necesito una ducha y ropa limpia, *¿o puedes imaginar lo que pensarán todos si nos ven bajar juntos y yo usando el vestido de la noche anterior?*

—¿Qué dormiste con el jefe?

—*¡Exacto!*

—Bueno cariño, lamento informarte que eso es la pura verdad... —agrega con una media sonrisa tan seductora, que puedo sentir cuando cierta zona de mi cuerpo comienza a humedecerse.

—*Pensarán que soy una trepadora, una caza fortunas, que lo hago para recibir un aumento de sueldo, o peor aún* —observo sus ojos con terror —*¿que quiero destruir tu matrimonio Sam!*

Con cuidado de cubrir mi cuerpo con la sábana me pongo de pie y Sam ríe.

—Cúbrete bien Susan, Dios no quiera que estos ojitos te vean desnuda... *una vez más.*

—Estúpido —respondo, cuando en un limpio movimiento Sam arrebató mi sábana, dejándome como Dios me trajo al mundo.

Cubriendo mis partes íntimas como puedo corro al tocador, pero antes de cerrar la puerta, Samuel ingresa.

—Ven aquí maldita caza fortunas —gruñe mientras me carga y lleva hasta la ducha y el agua completamente helada comienza a caer sobre nosotros.

Chillo y río todo a la vez, hasta que los labios de Sam me silencian de golpe y en un limpio movimiento me levanta por la cintura hasta que mis piernas rodean su cadera, y aunque pude sentir su erección matutina contra mi abdomen mientras me besaba, fue una sensación diferente cuando se introdujo dentro de mí.

—Eres mía aunque estés con él.

Y aunque sé que no debí responder, al menos no lo que dije, no pude evitar confesar:

—*Lo soy.*

La ducha que tomamos fue agradable, y casi... casi me hizo olvidar que a kilómetros de distancia un hombre «*mi esposo*» aguardaba por mí.

Cambio mi atuendo por un jean casual, unos mocasines y una blusa a rayas, Sam bajó antes que yo a pedido mío, en un intento más de no ser tan evidentes, pero intuyo que todos ya deben saber lo que pasó entre el número uno de la empresa y yo, y asumo que el lunes seremos el chisme del momento en la empresa.

Respiro hondo y decido llamar a Max, y aunque mi esposo ignora mi furtivo encuentro con mi jefe, la verdad es que me siento una mierda y la culpa me carcome por dentro, una vez más, como tantas otras veces sucumbí a los encantos de Samuel Graham. En ocasiones siento la culpa como un líquido de color negro, algo sucio, espeso y maloliente que habita dentro de mí y que en momentos como este, comienza a brotar por mi nariz y boca como lava caliente, y si bien la imagen de mí misma es cruel y repulsiva, mi fuerza de voluntad es limitada y siempre, siempre vuelvo a recaer.

Su teléfono móvil suena un par de veces, pero soy enviada al buzón de voz: “*Hola, soy Max, en este momento no te puedo atender, por favor, déjame un mensaje y te llamaré en breve*” el dulce tono de voz de mi esposo me forma un nudo en la garganta y esa cruel pero acertada voz que habita en mi interior, una vez más me dice que no merezco estar casada con alguien como él. Intento dos veces más pero nada... observo mi reloj y siendo las once de la mañana pienso que quizás decidió ir al gimnasio por más tiempo que el acostumbrado, o posiblemente se encuentre reunido, o simplemente dejó el móvil en el carro.

—Cariño... espero te encuentres bien, nosotros por aquí ya finalizamos todo lo que teníamos en la agenda... te veo en casa por la tarde —por un momento dudo, aunque al instante agrego —te amo.

Luego del desayuno Donald llamó para darnos el ok con las inversiones y negocios hablados en la reunión del día de ayer, noticia que a todos nos puso muy felices, ya que ambos

viajes fueron un éxito para la compañía.

Al momento de volver a la habitación decido que debo de ir por mi ropa interior a la habitación de Sam, ya que al no encontrarla esta mañana, solo coloqué mi vestido y chaqueta y con prisa «corriendo» me largué a mis aposentos.

—Adelante —responde reconociendo mi forma de golpear tan característica.

Primero asomo mi cabeza por la puerta, y sonrío al verlo cómodamente recostado en el sillón, mirando un juego de futbol mientras sostiene una helada cerveza en su mano. Cierro la puerta, camino hasta su encuentro y tomo asiento junto a él, imitando su posición, recuesto mi cuerpo en el agradable sillón de cuero café y elevo mis piernas y cruzo los pies en la pequeña mesilla.

—Felicidades jefe —sonrío y entrego mi mano para saludar al cabecilla del equipo. Sam acepta mi saludo y luego de estrechar mi mano, de forma casual y como otras tantas veces a lo largo de estos años me entrega la cerveza, doy un sorbo y me deleita lo helada que se encuentra.

—Gracias señora Williams, la verdad es que fue un buen trabajo, y el equipo es todo en estos casos —sonríe de lado —hacemos buen equipo Vikinga —agrega de forma socarrona.

—Lo hacemos —respondo mientras fijo mi vista en una gran pintura algo surrealista que se encuentra a un lado del televisor —¿cómo se encuentra tu resaca?

—Mucho mejor cariño, nada mejor que una ducha fría con una bella mujer, un café y dos ibuprofenos para la resaca.

—Eres un patán Sam —sonrío cuando llaman a la puerta, me sobresalto, bajo inmediatamente mis pies de la mesilla, pero cuando estoy a punto de ponerme de pie, Sam apoya una de sus manos sobre mi hombro indicándome en silencio que no me preocupe, que él se encargará de todo.

Samuel se pone de pie, y con calma abre la puerta, colocándose de forma tal, que el visitante no pudiera ver dentro de la habitación.

—Señor Graham —puedo escuchar la voz de Mariela «su secretaria» —estoy buscando a Susan, alguien dijo que pudiera estar —carraspeó —reunida con usted.

Sam se hizo a un lado permitiendo a Mariela ingresar, ella le habló de cerca, y Sam masajéo su rostro con cansancio, como si lo que acababan de decirle le hubiera agregado varios años encima.

—Susan —Samuel captó mi atención —debo darte malas noticias cariño... se trata de Max.

Con el corazón en la boca me pongo de pie, y aunque el tono de Sam anticipaba que algo malo había ocurrido, jamás uno se prepara para lo que estaba por escuchar. Mariela sale en silencio dejándonos nuevamente solos.

—¿Él se encuentra bien? —pregunto en un balbuceo casi imperceptible.

Sam camina hasta mí, y tomándome de las manos responde:

—Lamento ser yo quien deba darte esta noticia cariño —sus ojos verdes comienzan a llenarse de lágrimas —Max murió.

De pronto me falta el aire y la habitación comienza a girar a mi alrededor, puedo escuchar desde lejos la voz de Sam preguntar si me encuentro bien... *¿Susan me escuchas...? ¡Susan!*

Capítulo 5 – *Todo final anuncia un nuevo principio.*

Cuando despierto todo es un alboroto.

Me encuentro recostada sobre la cama y siento que alguien mantiene una bolsa de hielo sobre mi frente.

A lo lejos veo a Samuel caminar impacientemente de un lado para el otro mientras habla por teléfono, y grita indicaciones varias a los presentes. No entiendo qué es lo que sucede, hasta que un leve recuerdo llega a mi mente, y todo el dolor, miedo y desesperación regresan con fuerza.

—Despertó señor Graham —grita una persona que no logro reconocer, aunque por su indumentaria puedo suponer que sea enfermero o médico.

Yo tomo asiento de golpe, mientras Samuel lo hace velozmente junto a mí. Con los ojos cargados de lágrimas observo el rostro de mi mejor amigo y negando suplico...

—*Dime que todo fue una pesadilla por favor... ¿dímelo!*

—Sam niega.

—¡Nooo! —grito tan fuerte que automáticamente la habitación queda sumergida en el más profundo silencio —dime que es mentira, dime que hubo una equivocación por favor —las lágrimas caen como una gran cascada y siento cuando los brazos de Sam rodean mi cuerpo.

—¡Suéltame! —chillo mientras que como una demente me pongo de pie y con ira observo a los presentes, sé que todos me quieren acompañar y consolar, pero en este momento quiero estar sola, soy la única que ha perdido a alguien muy especial en este momento, y la presencia de todos me hace sentir más sola e incomprensible que nunca.

—¡Fuera! —grito —todos se van —caigo de rodillas sobre la moqueta y tomando mi rostro con ambas manos lloro... mi alma llora.

La soledad me acompaña durante las horas de vuelo, donde ya nadie intentó hablarme... apenas una joven azafata se limitó a traerme una pequeña botella de agua y darme el pésame.

Debí reconocer el cuerpo, algo de las cosas más fuertes que viví en mis veintiocho años de vida, y aunque fue una de las cosas más inapropiadas del mundo, Samuel me acompañó, el forense retiró la sábana que cubría a mi esposo sobre la fría camilla metálica, a pesar del pálido color de su piel y labios, aún seguía siendo él... mi esposo, la persona que elegí para dar el sí... mi compañero.

Doy un paso y sin saber qué hacer tomo una de sus frías manos entre las mías, acaricio sus largos dedos entre los míos... sus uñas moradas, los golpes varios en el pecho que causaron el

accidente de tránsito que arrebató su vida, uno grande en su abdomen, otro en el pecho y alguno más en la frente.

—Fue una rotura de bazo señora —agrega el médico forense —también habían daños en algunos órganos más, mi más sentido pésame señora —agrega con educación.

Lo observo a los ojos y por un momento me mantengo en silencio —¿Conducía sin cinturón de seguridad verdad?

—Así es señora —confiesa el médico.

En silencio asiento y nuevamente fijo mi atención en el inerte cuerpo de Max.

—Siempre te pedí que usaras el cinturón de seguridad Max... ¿por qué me hiciste esto? —llanto —¿por qué me dejas sola en este momento? —apoyo mi rostro en su pecho, intentando en vano sentir por lo menos un tenue latido de corazón, solo que no lo hay y me limito a besar el gran moretón que tiene en el pecho intentando calmar el dolor que pudo haber sentido en el impacto —*no me pude despedir de ti mi amor* —respiro hondo —*siempre serás una parte de mí Max... y estés donde estés* —las lágrimas se vuelven un llanto intenso —*por favor perdóname cielo... jamás te merecí.*

—Vamos Susan —solicita Sam tomando mis hombros y hablando algo sobre los trámites a seguir para poder retirar el cuerpo de la morgue.

Esa noche lloré, hasta que los dos somníferos y el whisky me hicieron efecto y me dejaron nocaut sobre la cama que compartí con Max pocas noches atrás, y por más que lo intentaron, me opuse a que tanto Sam o Clara, quien gentilmente vino a traerme comida y un pequeño ramito de flores, me hicieran compañía esa noche.

A la mañana desperté con la boca seca y pastosa, con los ojos hinchados de llorar, pero no dejaba de tener la sensación de que Max entraría de un momento al otro por la puerta, cargando el maletín de su computador y una gran sonrisa en el rostro.

Eso no ocurrió y el vacío se instaló en el pecho como un fuerte puñetazo.

Más tarde, ver a mi suegra enterrar a su hijo fue de las cosas más desgarradoras que me tocó vivir... nadie en la vida debería pasar por eso... es antinatural, los hijos son quienes entierran a sus padres y no a la inversa.

¿Por qué te fuiste Max?... ¿por qué me dejaste sola?

Luego del entierro nuestro departamento se convirtió en un entrar y salir de personas que poco conozco o incluso muchas que nunca antes había visto, no puedo evitar preguntarme *¿Quiénes estarían en mi servicio si yo muriera...?* Sam, alguna que otra persona de la oficina y más nadie, sin familia, sin amigos... suspiro y ese pensamiento me hace sentir más sola que nunca.

¿Si no hubiera ido al viaje de trabajo, quizás Max no hubiera salido tan temprano de casa, y hubiera desayunado bien, hubiéramos hablado de nuestros trabajos, incluso puede que hiciéramos el amor luego del desayuno, como tantas veces, en la ducha justo antes de salir por nuestros

deberes... «Pienso» mientras el insufrible abogado nos lee el testamento a mi suegra y a mí, ambas tomadas de la mano terminamos de ser conscientes de la partida de Max, cuando Milton repasó la última voluntad de mi esposo.

Heredé la casa de playa, los coches, la cuenta bancaria y el departamento en el cual vivimos... bueno, vivíamos. Me habló sobre la pensión que cobraría desde el próximo mes hasta el día que muera, o contraiga nupcias con otra persona...

¿Pueden creer? Aún no cumplo treinta y ya soy viuda.

«Corre Susan corre»

Grita una voz desde lo más profundo de mi interior.

Corre y no te detengas.

Saludo al abogado y salgo, me encuentro en modo piloto automático y es probable que haga o diga lo correcto sin darme cuenta de ello.

Mis tacones negros molestan y mi luto quema.

Me falta el aire, y repentinamente mi amplio y elegante departamento comienza a sentirse más pequeño, al punto de asfixiarme.

—Todo fue mi culpa —comento en alto, a lo que una mujer afrodescendiente que presenta un avanzado embarazo responde...

—¿Disculpa? —observo su vientre con melancolía y no puedo evitar apoyar mi mano en él.

—¿Una niña?

—Así es —responde ella —¿te encuentras bien Susan? —increíble, ella sabe mi nombre, seguramente mi edad y puede que hasta haya estado presente en mi último cumpleaños ¡y yo no tengo idea de quién es! —«siempre fuiste muy egoísta Susan» reprende mi subconsciente con crueldad. Mis ojos se cruzan por una fracción de segundos con los de Sam, quien me observa con seriedad mientras sostiene una taza de café en una de sus manos y habla con unas cuantas personas.

—No —respondo con sinceridad mientras mis manos acarician el dije en forma de rosa que mantengo en mi cuello desde el día en que celebramos nuestra boda Max y yo —discúlpame, pero debo salir de aquí.

Y no solo hablaba de salir de mi departamento, debía abandonar mi vida, mi trabajo, probablemente mi país y con certeza a Samuel Graham... necesitaba morir y volver a nacer, de otra forma no podría seguir viviendo. Camino a mi dormitorio y en un pequeño bolso cargo algunas prendas de vestir, mi cepillo de dientes, una crema, documentos, dinero, pasaporte, antes de salir corriendo para siempre.

—Córtalo por los hombros y cámbiale el color por favor —solicito a la estilista del salón de belleza ni bien abandoné el que había sido mi hogar hasta el momento.

—¿Algo en particular?

Niego con la cabeza mientras las lágrimas vuelven al ataque.

—Algo que me haga olvidar quien soy... —limpio mis lágrimas con la capa que la estilista colocó sobre el vestido que llevo puesto y con el cual acabo de enterrar a mi esposo —no puedo seguir siendo yo.

—¿Acaso asesinaste a alguien cariño? —pregunta la joven y simpática chica que por años me atendió en el salón de belleza —porque no quisiera ser cómplice —mueve su cabello color rosa de un lado al otro simpáticamente y yo sonrío sin ganas.

—No he matado a nadie Natacha —suspiro —la que debe morir y renacer soy yo —son en momentos como este, cuando las personas te observan como a una loca, en que me replanteo si decir lo que pienso es lo correcto.

Mi nueva yo abandona el salón de belleza y puedo ver que mi teléfono móvil desborda de llamadas perdidas de Samuel, pero las ignoro. El cuerpo de mi esposo aún no se enfría cuando yo estoy huyendo como una cobarde de la que alguna vez fue mi vida. Camino hasta donde la agencia de viajes, y mientras aguardo a ser atendida decido un destino donde podré volver a reencontrarme, México... Italia, Australia, hasta que mis ojos se fijan en un gran afiche de la plaza mayor de Madrid y decido que es allí a donde quiero escapar, las personas son alegres, las costumbres similares, la comida deliciosa y lo mejor de todo, nadie sabe la basura humana que soy, nadie sabe que mientras mi esposo perdía la vida en un trágico accidente de tránsito, yo me encontraba siéndole infiel con mi mejor amigo.

Compro el primer pasaje que sale directo a Madrid, y reservo un par de noches en un hotel de mala muerte mientras consigo donde vivir y un empleo, y aunque suene estúpido, no creo ser merecedora de algo mejor que lo que acabo de comprar.

Sé que no es la mejor opción, pero no puedo volver a casa o con certeza me encontraré con él, con su sombra, y esta me seguirá dónde quiera que vaya... de esa forma en una tienda de beneficencia dejo mi costoso vestido negro que usé para el entierro y a cambio pido unos gastados pantalones cargo, unas zapatillas de deporte de segunda mano y una camiseta, conforme con el resultado salgo a la calle, paro el primer taxi que pasa por allí y me marchó al aeropuerto, ni bien llegó realizo dos llamadas, una a mi suegra pidiéndole perdón, y aunque la señora siempre fue muy linda conmigo y se portó de forma cariñosa, no podré seguir con mi vida aquí, al parecer comprende y entre lágrimas me dice que fue un placer conocerme y me desea buena suerte, y aunque prometo que seguiremos en contacto, ambas sabemos que eso no es real, luego le informo que la llave del departamento la tiene el portero del edificio, y que puede hacer con el piso y con

los muebles lo que quiera.

La segunda llamada fue a Sam...

—Vikinga ¿dónde demonios te habías metido?

—Eso ya no importa Samuel.

—Todo de ti me importa cariño.

—No me volverás a llamar de esa manera nunca más... ya no seré tu cariño —Sam se mantiene en silencio al otro lado de la línea.

—¿Dime dónde te encuentras? ¡Iré por ti en este momento!

—Me marcho Samuel.

—Sam maldita sea *¡soy Sam Vikinga, tú Sam nena!*

—Fue bonito conocerte —y debo respirar hondo para controlar las lágrimas — pero alguno de los dos debía poner punto final a todo esto... ayer perdí a mi esposo mientras me encontraba en tu cama Samuel y eso jamás me lo perdonaré.

—No hagas locuras Susan, por favor, ¿dime dónde te encuentras? Nunca debes tomar decisiones en caliente... por favor cariño, tomemos un café y hablemos, permíteme acompañarte a pasar por este momento triste momento, yo... —se entrecorta —yo te amo Susan.

—Envíale un beso de mi parte a Derek por favor... y cuídate mucho, también te amo y probablemente lo haga por el resto de mi vida... adiós Samuel Graham.

Continuará...

Epílogo.

De la noche a la mañana ella desapareció de mi vida sin dejar rastro alguno, y aunque la mayor parte del tiempo temo lo peor, por otros me enfurezco y pienso en lo egoísta de su comportamiento... y mientras ahogo las penas en alcohol junto al rezongar del tango Pasionel, acaricio la espalda desnuda de Mariela «mi secretaria» pensando en su rubia cabellera, en sus ojos café, en la suavidad de su piel y en su sonrisa... esa sonrisa por la que moriría una y mil veces y por la cual mataría. Y una vez más a lo largo de estos años confirmo que el consuelo de la piel de otra mujer nunca será suficiente para curar la llaga que su partida dejó, tan solo espero que el destino nuevamente nos ponga frente a frente, tan solo eso pido, ver su rostro una vez más.

Mi nombre es Samuel Graham, y juro que esto no va a quedar así.

Agradecimientos.

Gracias por aguardar la espera de Los Graham, gracias por el amor y cariño que me brindan a diario, y espero que este adelanto de la historia, ayude a sobrellevar la cuarentena que este pequeño y desagradable virus con corona trajo a nuestras vidas... pero como lo he dicho en el comienzo, mente positiva que esto también pasará.

Para mis hijos con amor.

La vida es bella...

Mia del Valle

Nació un 13 de marzo de 1981 en Montevideo-Uruguay.

Actualmente vive en Ciudad de la Costa, en el departamento de Canelones, junto a sus dos hijos, esposo y perra.

Estudió Odontología y Laboratorio Odontológico en UDELAR, carreras que jamás termino. De carácter un tanto bipolar según ella, se define como una soñadora, que ríe fuerte y habla mucho. Ama escuchar música, cocinar, mirar Friends y jugar al Candy Crush. Amante de la lectura romántica desde siempre, un día se preguntó... ¿por qué no? De ese instante de locura y gracias a KDP nació su primera novela: *Una Propuesta casi Indecente*, seguida por *Prohibido Entrar*, *Un acuerdo con el Diablo*, *Enamórame si puedes*, *Chantaje 1*, *Chantaje 2*, *Nerd*, *Te acuerdas de Anoche?* *Y Los Graham – Sobreviviendo a mi Jefe*, en esta oportunidad la escritora llega con la segunda parte de la secuela llamada *Los Graham2 – Enamorada de mi Jefe parte 1* #losgraham #miadelvalle